

# La Ilustración Artística

Año XIV

BARCELONA 4 DE NOVIEMBRE DE 1895

Núm. 723

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

## SUMARIO

**Texto.** - *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. - *Semblanza. Luis Olona*, por Carlos Frontaura. - *¡Más! ¡Más!*, por M. Ossorio y Bernard. - *El escultor Juan Carriés*, por X. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *Sport*, por E. Fontvalencia. - *Abandonada*, novela de Enrique Greville, con ilustraciones de Salvador Azpiazu (continuación). - *Los desórdenes en Constantinopla*, por X. - Libros recibidos.

**Grabados.** - *La crónica del baile*, copia del cuadro de G. L. Seymour. - *S. M. el rey Carlos I de Portugal.* - *Luis Olona.* - *Redván-bajá*, prefecto de Constantinopla. - *Said-bajá*, ex gran visir del Imperio otomano. - *Nazim-bajá*, ministro de Policía turco. - *Los desórdenes en Constantinopla. Estación de Policía central*, en cuyo patio se dice que fueron muertos á bayonetazos varios prisioneros heridos (de fotografías de Abdullal hermanos, de Constantinopla). - *Busto retrato: Cabeza retrato: Busto retrato de Francisco Halls: Busto retrato de*

*Julio Bretón*, cuatro grabados de otras tantas obras del célebre escultor francés Juan Carriés. - *El vino*, cuadro de L. Lhermitte. - *Montevideo. Embarque de los voluntarios españoles en el vapor «San Francisco»* (de fotografía) - *Kiamil-bajá*, nuevo gran visir del Imperio otomano (de fotografía de Abdullal hermanos, de Constantinopla). - *Un grupo de softas, tipos de estudiantes de teología mahometanos.* - *El patriarca armenio de Constantinopla.* - *Excentricidades yankees del porvenir.*



LA CRÓNICA DEL BAILE,

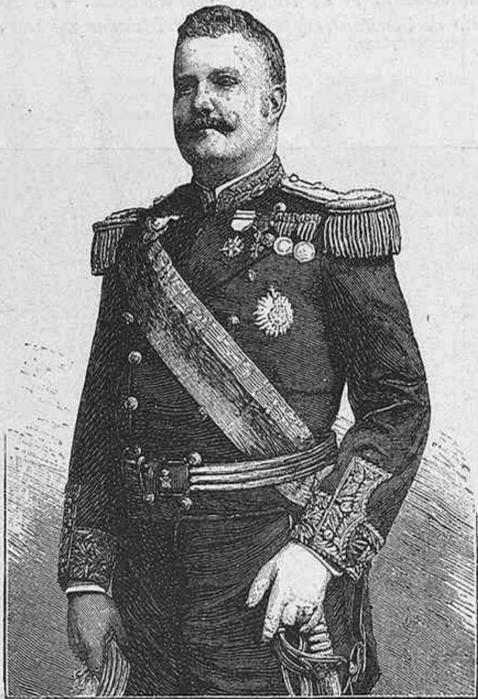
copia del cuadro de G. L. Seymour

## MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Las aventuras del rey de Portugal. — Rey mudo, reina sierva y reina inmolada en Oriente. — Las cuestiones turcas. — Las matanzas de Constantinopla y Trebizonda. — La tripe alianza en favor de Armenia. — La triple alianza en favor de China. — Factores de estas alianzas. — Conclusión.

Amamos á Portugal como á cosa propia. Juntos, á despecho de ficciones políticas, en el tiempo eterno por la comunidad de nuestra historia, y en el espacio infinito por la comunidad de nuestra Geografía, españoles y portugueses, nada ni nadie, nosotros mismos empeñados en ello, nada conseguirá separar nuestras dos almas, una sola en el fondo, como son una sola en el fondo complexión y sangre, peninsulares é iberos. Y así duélenos como propia cualquier contrariedad que á Portugal asalte. Y nos está doliendo, cual si nos alfiletaran las carnes, el ridículo papel representado por su rey en este presente viaje, no de recreo en verdad, por Europa. Ya mi crónica postrera decía en estas mismas columnas poco más ó menos lo siguiente, al partirse de Lisboa D. Carlos. «¿Cómo va el rey á Italia? Si ve al papa, ¿cuándo podrá ver á su paternal deudo, el monarca italiano? Si ve al monarca italiano, ¿cuándo verá el cuitadísimo



S. M. el rey Carlos I de Portugal

al papa?» Con efecto necesitaba D. Carlos hablar con el rey para proveer á su política exterior; necesitaba también hablar con el Pontífice para proveer á su política interior. Hacen mucho daño á sus colonias las ambiciones de Inglaterra y Alemania en Africa; y nadie podía conciliarle ambas potencias como el gibelino rey Humberto. Mas con tal auxilio no le basta. Necesita del papa en la política interior tanto cuanto necesita del rey en la exterior. Dado á una obra de reacción, en la cual obra nunca le secundará la ilustre democracia portuguesa, los verdaderos ciudadanos, ha menester, para estatuirlos, conciliarse los residuos tradicionales reaccionarios, existentes en el país aún. Y para esta conciliación, muy salubre su entrevista con el papa, pues nadie como León XIII al objeto de anudarla en lo posible. Y se ha compuesto D. Carlos de suerte que diríase aconsejado por sus enemigos, fracasando á un tiempo en el Quirinal y en el Vaticano, indisponiéndose al par con el papa y con el rey. ¡Cuál diferencia entre ver á los soberanos de Inglaterra y Alemania tras haber visto al rey de Italia, y verlos ahora sin haber visto al rey de Italia, contra él airado! ¡Cuál diferencia entre abrir tratos con los católicos, después de ver al papa, y abrirlos sin haber visto al papa, también airado con la majestad fidelísima! Y tales fracasos, fáciles de prever, aunque no de impedir, sobrecogen al pobre rey en la hora nefastísima de aspirar á un poder personal y de haber puesto mano sacrilega en la Constitución y en las leyes, sustituyéndolas por su idea y por su voluntad más ó menos disfrazadas, como si fuera omnipotente cual un czar de Rusia, ó infalible cual un califa de Bagdad. ¡Ay! Para intentar la fundación de ciego poder personal se necesita verdadero y extraordinario mérito personal. No fuera Napoleón el Grande autor del diez y ocho de Brumario, si antes no hubiera sido el héroe de Italia y Egipto. Sólo caen sobre la presa

de un Estado libre almas que saben, cual soberbias águilas, volar sobre las Pirámides y sobre los Alpes.

\* \*

No vienen bien dados los azares y naipes del destino para los reyes. Aquel Menelik, Maquiavelo de Abisinia, que ponía su firma en un tratado con Italia y la negaba luego; que se decía casi católico por sumado su pueblo con la historia sacra desde los tiempos del rey Salomón, á los influjos ejercidos en Oriente por los tesoros áureos y las gracias femeniles de una reina como la célebre de Saba, y luego expedía misioneros coptos al emperador de Rusia, pidiéndole permiso para ingresar en la iglesia bizantino-moscovita, sólo por el placer de mostrarse cada día más voluble, tras haberse afanado mucho en guerras perdurables y despepitándose en habladas negociaciones, acaba de quedarse mudo á la sacudida de un rayo, caído sobre su persona en aquellos tormentosos climas; y está en vías de pasar á destronado, pues tras el rayo le ha caído algo peor encima, la superstición de su pueblo, atribuyendo á castigo del cielo por ira de Dios al rey la natural é irreparable desgracia. Parecidísimo desaguado sucede á la reina de Madagascar. Sus ejércitos de hovas no le han valido para contrastar á Francia; su religión protestante no le ha valido para entenderse y aliarse con Inglaterra. Sola y desoída de todo el mundo, hase visto separada de su primer ministro, que también es su esposo, destituido á mano militar, y recluida en una servidumbre donde la oprimen y amarran á la opresión por argollas como sus propios cetro y corona, pues en apariencia gobierna, cuando en realidad obedece á los vencedores como la última de sus esclavas. Más triste, si cabe, todavía lo sucedido á su reina en Corea, la tierra de los misterios. Como en todas las razas amarillas, el combate político se recluye allí dentro de los palacios orientales. Y como en todos los palacios orientales, sea cualquiera el carácter y forma que tome la familia, exista ó no el harén, prevalece una mujer, esposa ó favorita, quien suele reinar y gobernar; allí presidía el partido de adhesión á lo pasado la reina, tradicionalista y religiosa de suyo, pues los penates del hogar y los ídolos del pueblo tienen su postrer santuario en los femeniles corazones, movidos á los dulces recuerdos y á las viejas poéticas ideas. Como tradicionalista, la reina propendió siempre á China, madre patria de los coreanos en el espacio y su protectora durante mucho tiempo; y aunque su reino estaba declarado independiente, prefería en sus desvaríos empujarlo hacia su antigua tutela que verlo en una frágil y desconocida libertad. Mas los japoneses, empeñados en que por el pronto aparezca de suyo Corea libre, con lo cual queda cercenada de China y su emperador, á reserva del proyecto de recluirla dentro de su propio imperio más tarde, no han encontrado ningún otro medio de conjurar su influencia que degollarla en su cámara. Y ha muerto descabezada la pobre reina.

\* \*

El más poderoso y sacro de todos estos reyes orientales, el sultán de Constantinopla, quizás también sea el más apurado en estos críticos momentos. Reina sobre las principales ciudades del cristianismo; sobre Jerusalén, donde naciera la religión y dogma del Padre; sobre Nicea, donde naciera la religión y dogma del Hijo; sobre Alejandría, donde naciera la religión y dogma del espíritu. Pero esta dominación le trae miles de dificultades invencibles, pues bajo cada dominio antiguo suyo se va deslizándose, ya con hipocresía ó ya con descaro, según las circunstancias, otro dominio nuevo que lo derriba y lo suplanta poco á poco, sin quitarle ni errores ni nombre, pero sí el poder verdadero é histórico. En Egipto le han sustituido los ingleses; en Palestina los protectores occidentales; en Anatolia misma, donde se levantan á una Constantinopla y Nicea, por tierra le amenazan los ejércitos rusos y por mar las escuadras británicas. Tal es también el caso de Armenia. Pocas tierras en el mundo tienen tantos derechos al agradecimiento colectivo de la humanidad como Armenia, pocas. Aunque todos los comentaristas de la Biblia ponen el paraíso entre las aguas del Tigris y del Éufrates, pónenlo á su vez los comentaristas del mahometismo en la isla de Ceylán, mientras queda en Armenia consagrado el monte donde se paró Noé tras el diluvio, el monte Ararat, por todas las religiones mono-teístas. Y así es dogma universal en las históricas creencias, que de Armenia vino la vid á Occidente y con la vid árboles de tan sabrosos frutos como los erguidos y flexibles perales. Por las tierras próximas al Mar Negro, mantenidas en riego perpetuo al fluir de las aguas filtradas desde los nevados montes al

valle y en perpetua primavera por las brisas espiradas desde las olas mediterráneas, las honduras entrelazan el granado y el naranjo y el olivo con la vid, en tanto que las cumbres el haya y la encina con los ramajes del nogal y del castaño, constituyendo todo ello uno de los parajes más encantadores del mundo, pues pocos sitios pueden compararse con sus cielos cargados de rutilantes astros y sus aires llenos de mariposas, de abejas, de ruiseñores, de jilgueros, de lúcidas. Mas el mundo social no está en armonía y consonancia con el mundo físico. Tiene por tal manera todo allí forma de protoplasma, que hay seres humanos, los cuales son, además de bilingües, no diré creyentes, pero sí diré practicantes de dos religiones tan enemigas entre sí, como la religión musulmana y la religión griega, yendo los viernes á la mezquita, por ser, como Mahoma, circuncisos, y los domingos á la parroquia, por ser, como Cristo, bautizados.

\* \*

Si esto es la religión, imaginaos lo que será la tierra, poseída oficialmente por Turquía en parte, por Rusia en parte, y en parte por la vieja Persia. El Anti-Cáucaso fué, como el Cáucaso mismo, cuna de razas en lo pasado, mas en lo presente caos de razas; y queda para lo porvenir, en materia de razas, un enigma. Debido fuera el despliegue sobre la bella Chipre de un pabellón, como el inglés, á los aumentos territoriales del imperio ruso allí, como debida la toma del Cáucaso y del Caspio ruso por el czar á las hostilidades perpetuas, temibles de todas las fuentes del Éufrates, en las altiplanicies armenias, de donde río fluye y corre á los pueblos existentes en su cuenca y su desembocadura y su desagüe. Así es que cada día, sobre la tierra, donde ameneciera el crepúsculo matutino de la historia religiosa nuestra con la familia del patriarca Noé, anochece y se pone un fragmento, etéreo y secular, como cualquier astro entre las rapacidades y codicias de una dominación extranjera. Perdidos bajo todas estas catástrofes; mal seguros sobre una tierra estremecida por sacudimientos continuos, encuéntranse perdidas una porción de tribus cristianas y caucásicas, pensando en imitar á sus hermanos del Danubio y constituir una especie de nacionalidad, sumamente dificultosa en el continuo vacilar de aquellos territorios y en la continua irrupción de razas que lo cruzan y devastan. Y no puede menos, cuando, por otra parte, hay tribus sedentarias, tártaras, semitas, iranas ó mixtas de todas éstas, semejantes á los primeros agricultores bíblicos, junto á tribus nómadas, semejantes á los Caínes prehistóricos, cuyo descanso es pelear, y que andan de un lado á otro pastoreando sus reses ó esgrimiendo sus armas. Si una de estas tribus se fija sobre riesgo análogo con el picacho donde anidan los aguilucho, tórñase feudal, rodeada de siervos feudatarios, en espera del caminante, su enemigo siempre, y en husmeo ó atisbo del despojo, su alimento. Vestidos los kurdos de túnicas multicolores; cargados de alhajas riquísimas; el cinto lleno con yataganes y pistolas y dardos y dagas; las orejas con relicarios y amuletos por pendientes; á la espalda el rifle pronto á pasar al ojo; en la mano los bambúes hechos lanzas; al brazo la rodela forrada con piel de rinoceronte; en los pies botas como las albanesas y coronados por sombreros puntiagudos como de calabrés, descansando sobre turbantes, y ceñidos por chales de sedas y gasas, parecen ciertamente, no bandidos feudales, unos soberanos en perpetuo ejercicio de su antiguo secular despotismo y unos fieros exterminadores generales en continua guerra de matanza y exterminio. Entre las tribus cristianas de una vieja cultura y las tribus ahora descritas, de una ferocidad implacable, no puede haber más relación que la guerra. Y las tribus cristianas piden al sultán que modifique tal estado, amparándolas contra las depredaciones y los degüellos continuos; peticiones á las cuales el sultán responde que los kurdos están en sus manos poco más ó menos como pueden estar las alimañas feroces del monte ó los estremecimientos terribles del terremoto. Pero así como en el Oriente de Asia se han reunido Alemania, Rusia y Francia para proteger á los chinos contra los japoneses; en el Occidente se han reunido Alemania, Rusia y Francia para proteger á los armenios contra los turcos. Y así como la protección europea en Oriente no ha evitado que los chinos descabezaran muchos misioneros cristianos y que inmolasen los japoneses á la reina de Corea, tampoco la protección europea en Occidente ha evitado que los turcos mataran á los armenios como fieras de caza en Constantinopla y Trebizonda. Dicen que todo está ya en arreglo y que el sultán promete hacer justicia. Pues promete lo que no habrá de cumplir.

Madrid, 21 octubre de 1895.



LUIS

OLONA

SEMBLANZA

Seguramente no hay en España autor que haya hecho reír al público tanto como Luis Olona.

Y era el hombre más formal y más serio que he conocido. De buena presencia, muy moreno, con sus patillas negras muy pobladas y su característica seriedad, Luis Olona, más que un autor esencialmente cómico, parecía un gobernador civil muy poseído del cargo, ó un banquero preocupadísimo de los más intrincados negocios.

Su empaque no predisponía mucho en su favor, pero en tratándole había que confesar que Luis Olona era persona sumamente estimable por sus bellísimas prendas de carácter. Hablaba poco, pero siempre con oportunidad y con acierto y con gracia, con la misma gracia naturalísima con que escribía, gracia exclusivamente suya y que nadie ha podido imitar en el teatro.

Era abogado, mas no era un literato, pues aunque le sobraba natural talento, no conocía seguramente los clásicos, ni había intentado jamás hacer obra de literato; pero en la especialidad á que consagró su inteligencia nadie le superó. Todos los que escribían en su tiempo para la escena escribían mejor que él, pero ninguno conocía el teatro y el público tan bien como él.

Hijo de un antiguo empresario de teatros de Madrid y provincias peritísimo en los negocios teatrales, Luis Olona desde niño consideró el teatro como su casa propia y creció en constante comunicación con los cómicos y viendo todas las noches la comedia, y como era un espíritu profundamente observador y concentrado, adquirió aquel singular golpe de vista en materia teatral que le distinguió siempre y que le proporcionó tan grandes éxitos en la escena.

Había hecho ya varias traducciones de comedias con buen resultado, como *La primera escapatoria*, *Alza y baja* y otras, cuando, asociado con el compositor D. Rafael Hernando, estrenó la zarzuela en dos actos *El duende*, que tuvo un éxito loco, representándose más de cien noches, y fué esta la primera obra que llegó á ese número de representaciones seguidas en nuestros teatros. Todo Madrid rió grandemente aquellos chistes tan espontáneos y aquellas situaciones de tan extraordinaria fuerza cómica.

Aquello era divertirse honestamente en el teatro, pues ni en *El duende* ni en ninguna otra de las obras que constituyen el extenso repertorio de Luis Olona se encuentra un equívoco de mal gusto, ni un chiste que pueda ruborizar á la más tímida doncella. De entonces acá, ¡qué transformación tan radical en el teatro y en el público!

Aquel éxito de *El duende* descubrió un filón que no podía menos de utilizar hombre de tan claro entendimiento, y al cabo de no mucho tiempo asocióse Olona, Barbieri, Gaztambide, Salas y Hernando y comenzó en el teatro del Circo la explotación del género lírico-dramático, en que habían de adquirir tanta honra y tanto provecho sus primeros cultivadores.

Olona, que hasta entonces había viajado mucho por España y por el extranjero, se instaló en Madrid, consagrándose enteramente á la que había de ser una de las más productivas empresas teatrales.

Vivía Olona en el antiguo hotel Peninsular, que hasta hace poco ha estado establecido en el caserón de la calle de Alcalá, núm. 7, y allí le conocí durante muchos años, huésped permanente de la fonda para vivir con entera independencia. En aquella habitación del hotel, ancha y bien soleada, con balcón á la galería del patio, donde apenas llegaba el ruido del exterior, escribió Olona bastantes de sus regocijadas obras, y sólo recibía á algún amigo muy íntimo, pues las visitas de gente desconocida que pretendía consultarle planes de comedias ó pedirle recomendaciones para los teatros, era despedida siempre en la portería con un seco: «D. Luis no está.»

Sí estaba; pero Gaztambide, Barbieri y Oudrid esperaban impacientes los libretos ofrecidos, ó empeizados ya, y no podía distraerse del trabajo.

Grandes escritores, verdaderas eminencias de la literatura quisieron contribuir al desarrollo del género lírico-dramático, y escribieron zarzuelas Bretón de los Herreros, García Gutiérrez y Rodríguez Rubí, zarzuelas que eran verdaderas joyas literarias, pero que no lograron el favor del público. El primero de los escritores de primera fila que triunfó en la zarzuela fué Ventura de la Vega con su hermosísima obra *Jugar con fuego*, y desde este éxito fué uno de los más entusiastas y afortunados mantenedores de la zarzuela.

Luis Olona, sin ser literato ni poeta, triunfó siempre. El público saboreaba con deleite sus obras, y los compositores músicos preferían las obras de Olona, porque era el que les daba situaciones musicales de seguro efecto y les hacía los versos de los cantables á la medida que ellos querían, que muchas veces solía ser una medida disparatada y reñida con todas las reglas métricas, como puede comprobarse leyendo los libretos de aquellas zarzuelas que el público recibía con unánime aplauso.

*El valle de Andorra*, arreglo de una ópera cómica de Scribe, llenó las cajas de la contaduría durante mucho tiempo, y las gracias de Olona y la música de Gaztambide las repetía todo el mundo. Solamente Olona hubiera sido capaz de hacer cantar á Salas aquello de

«La española infantería  
que es valiente porque... sí.»

Razón semejante no sé cómo la hubiera recibido el público de estos días. Entonces la recibió con aplauso general, sin hacer caso de los críticos descontentadizos que en los periódicos censuraban á Olona con la más inocente seriedad, porque demasiado sabía Olona que la razón de la valentía de la española infantería era un desatino, pero en boca del personaje que la exponía era una razón convincente..., porque no le ocurría otra.

*Entre mi mujer y el negro* y *Por seguir á una mujer* fueron otros dos éxitos de muchísimo dinero, y *Buenas noches, Sr. D. Simón*, arreglo del francés, con música de Oudrid, fué una de las farsas más populares que se han visto en la escena; sus chistes los repetía todo el mundo, y todo el mundo tarareaba aquella música que, como decía el vulgo, *se pegaba tanto al oído. Y era verdad.*

*El amor y el almuerzo* es una pieza de Olona que ha dado más dinero que un drama de los más aplaudidos y celebrados. *El postillón de la Rioja* obtuvo un éxito completísimo. Olona utilizó en esta obra las aptitudes notabilísimas del tenor riojano Manuel Sanz, y el resultado fué por todo extremo satisfactorio para el distinguido artista, para el músico Oudrid y para Olona. *Amor y misterio*, otro éxito; otro el *Secreto de la Reina*; otro, muy grande, *El sargento Federico*, música de Barbieri y Gaztambide, y otro enormísimo *Mis dos mujeres*, música del primero de

estos compositores, preciosísima zarzuela que podría servir de modelo á nuestros autores de ahora.

Un escritor de extraordinario ingenio, literato y crítico de muy buen gusto, Pedro Antonio de Alarcón, á quien todos llamábamos Perico Alarcón, y á quien todos los autores temían por su desenfado para decir á todos las verdades, emprendió en un periódico muy leído una ruda campaña contra Luis Olona, que había obtenido un éxito superior á los muchos hasta entonces logrados con la zarzuela melodramática en cuatro actos *Los Magyares*, música de Gaztambide.

Perico Alarcón dedicó varios folletines á esta obra, extremando su acerada crítica hasta un punto que revelaba la saña más implacable, y puso de oro y azul á Olona, á quien negó con notoria injusticia toda cualidad de autor dramático, y al público que llenaba el teatro. Olona, tan serio siempre, se sonreía leyendo los folletines de Alarcón, y decía una mañana á Salas y Gaztambide que tronaban contra el terrible crítico: «Nadie nos hace más favor que Perico, y lo que había que pedirle es que no deje de publicar folletines, porque ya veis el caso que le hace el público, que todas las tardes nos obliga á poner el aviso *No hay billetes*. Alarcón tiene razón; yo no soy escritor ni cosa que lo valga; la obra es mala; la música pésima, pero al público le gusta cada día más. Puede que si le hubiera gustado á Alarcón no le hubiese gustado al público.»

En efecto, el público llenaba una y otra noche el teatro, y aquel lego perseguido por el soldado gigantesco hacía las delicias de los espectadores. Vicente Caltañazor hizo del lego una felicísima creación.

Olona era un excelente director de escena, y no se equivocaba jamás en la preparación de situaciones de efecto; tan grande era su conocimiento de los resortes teatrales y del gusto del público.

Su pronóstico respecto del éxito de las obras era infalible. Bastábale ver una obra en el ensayo general para juzgar de la acogida que tendría. En prueba de esta clarividencia de Olona respecto de las obras de teatro, puedo citar entre otros un ejemplo. Adelardo Ayala había escrito una zarzuela en tres actos, *Los comuneros*, que leída en el cuarto de Salas, excitó el entusiasmo de cuantos oyeron aquellos valientes versos, aquellos hermosos pensamientos, aquel poema, en fin, en que se revelaba una vez más el poderoso talento del autor de *El tanto por ciento*. Gaztambide se encargó de componer la música, y la compuso en corto tiempo. Había prisa para poner en escena una obra que, á juicio de todas las personas inteligentes que la conocían, había de obtener un éxito extraordinario. Olona no había podido asistir á la lectura, por enfermo, y solamente asistió al ensayo general, que en todos produjo un verdadero entusiasmo. Ayala tenía en mucho la opinión de Olona, y después del ensayo fuéronse juntos Ayala y Olona.

La noche siguiente se estrenó la zarzuela, que obtuvo un éxito nada más que regular. Le aplaudieron algunos de los magníficos versos de Ayala, y alguna pieza de música; pero el público no se entusiasmó como se habían entusiasmado los actores, los músicos, los literatos, todos los inteligentes que habían asistido al ensayo.

Y Ayala entró en el saloncillo, y dirigiéndose á Olona exclamó, apretándole la mano: «Sólo tú habías visto claro.» Y contó que el día anterior, cuando salieron juntos del teatro, después del ensayo, Olona le dijo con la franqueza propia de la amistad que existía entre los dos: «Adelardo, tu obra es una joya literaria, pero desde ahora te digo que no te dará dinero.»

Y en efecto, la zarzuela de Ayala duró muy poco en escena.

Olona, sin tener, como él reconocía, cualidades relevantes de escritor, prestó un grandísimo servicio al arte é hizo una labor de gran cultura fomentando el género lírico-dramático que, sin él, no hubiese llegado acaso á adquirir la grande importancia que alcanzó. Sus obras, primero, y luego las de Ventura de la Vega, Camprodón, Ayala, García Gutiérrez, Picón y otros, dieron ocasión á que lucieran sus peregrinos talentos compositores como Gaztambide, Barbieri, Arrieta, Oudrid, Fernández Caballero, Marqués, Vázquez, etc., etc. Y en la zarzuela brillaron muchos artistas meritísimos, como Adelaida Latorre, Angela Moreno, Elisa Zamacois, Josefa Mora, Josefa Murillo, María Bardán, María Soriano, Teresa Istúriz, Luisa Santa María, las hermanas Di-Franco, Almerinda Soler, Manuel Sanz, Tirso Obregón, Vicente Caltañazor, José Font, Francisco Calvet, Joaquín Becerra y otros muchos que fuera prolijo citar.

Olona con Salas, Gaztambide y Barbieri formó la sociedad propietaria del teatro de la Zarzuela; pero después de su casamiento con la cantante Carolina Di-Franco se trasladó á Barcelona, cediendo su parte de propiedad de aquel coliseo á sus consocios. Su mal estado de salud le impidió desgraciadamente continuar ofreciendo al público obras de su ingenio, y falleció en Sarriá el 12 de junio de 1863 y en aquel cementerio yace el que puede afirmarse que fué el principal creador de la zarzuela y el autor de zarzuelas más popular y más aplaudido.

Había nacido en Málaga en 1823.

CARLOS FRONTEIRA

¡MÁS! ¡MÁS!

(CUENTO)

I

La casualidad había hecho que se matricularan al mismo tiempo en el curso preparatorio de la carrera de Derecho los jóvenes Pedro Hernández de Toledo y Pablo González y Moral. Uno y otro habían nacido en esa clase media que, heredera de los prestigios de la antigua nobleza, ha sido la verdadera dueña del cuerpo social durante la casi totalidad del siglo XIX, hasta que ha comenzado á indicarse, como difícil problema para el porvenir, la preponderancia del elemento obrero. El primero de nuestros jóvenes era hijo de un magistrado que había conseguido, no sin esfuerzos, ir sacando adelante á su numerosa familia: el segundo había nacido en el seno de una familia del comercio, que después de haber hecho importantes negocios, veía declinar la antes próspera fortuna.

Los dos muchachos simpatizaron desde el primer instante, acaso por el mismo contraste de sus caracteres, pues en tanto que Pedro era osado, emprendedor y alegre, Pablo no lograba triunfar de su timidez natural, era apocado para todo y de triste y reflexiva naturaleza. Sentados siempre en el mismo banco de la cátedra, Pedro logró hacerse pasar por estudioso por lo bien que siempre respondía á las preguntas del profesor, gracias á lo que le iba apuntando por lo bajo su compañero y amigo, mientras que éste quedaba siempre deslucido por sus dificultades de expresión y por no tener quien le apuntase. De aquí que Pedro fuese ostensiblemente un buen estudiante y obtuviera en sus exámenes excelentes notas, en tanto que Pablo, más aplicado que aquél, ganaba con dificultad sus cursos. Otra circunstancia influyó posteriormente en las calificaciones de uno y otro estudiante. Pedro obtuvo un empleo, debido á las paternales influencias; se relacionó con el profesor y pudo seguir cómodamente sus estudios. La familia de Pablo entretanto había sufrido en la fortuna un quebranto considerable á causa de la depreciación de los fondos públicos; más tarde había sido arrastrada en una quiebra de las repúblicas americanas, y nuestro joven, á pesar de las contrariedades que sobre él llovían, redobló sus afanes, anhelando que su honrosa carrera pudiera darle en lo porvenir el bienestar de que parecía quererle privar la suerte. Cuando terminaron sus estudios é hicieron los ejercicios para lograr el título, un filántropo había dejado en su testamento cantidad bastante para costear el título á varios estudiantes que reunieran determinadas circunstancias, y en el caso de no reunir las, que se sortease su donativo. Y como ninguno de los estudiantes llenaba los requisitos exigidos, hubo necesidad de proceder al sorteo, resultando agraciado con uno de los títulos el Fernández de Toledo. Su compañero González Moral no fué tan afortunado, y como la ruina de su familia hacía imposibles ciertos gastos, hubo de renunciar por el pronto á sacar el título, confiando en hacerlo más adelante.

Lo urgente era utilizar los conocimientos adquiridos, y aun careciendo de título, aspiró á llevar á los tribunales el asunto en que se había hundido la fortuna de su familia; se lo encomendó á su amigo y compañero de carrera Fernández de Toledo, quien desde luego y á pesar del mal éxito que tuvo su primera demanda, se hizo lugar en el foro, más por su osadía que por su suficiencia, y Pablo tuvo que reducirse á aceptar humilde plaza de escribiente en casa de un procurador.

Así vieron transcurrir los años primeros de ejercicio profesional: Pedro abriéndose camino y alcanzando resultados bastante favorables: Pablo viviendo estrechamente en ese último término del mundo judicial, adonde sólo llegan, si acaso, las más reducidas propinas; el primero creándose una posición; el segundo sin poder salir nunca de la obscuridad á que le habían relegado las circunstancias.

Las relaciones de ambos jóvenes se habían enfriado bastante, primero porque Pedro había dejado perder el pleito de su amigo por no aducir en plazo oportuno circunstancias que le daban grandes probabilidades de éxito, y después porque, por impresionables ocupaciones ó ignorancia de los criados de Pedro, éste no había recibido en una ocasión á Pablo, y el orgullo de nuestro joven, sobreponiéndose á su misma necesidad, le había hecho exclamar:

— ¡Corriente! No volveré á molestarle. El mundo es muy grande y ni siquiera tendré necesidad de volver á verle.

II

Los periódicos habían dado cuenta de la boda fastuosa de Fernández de Toledo y más tarde de sus viajes en el verano y de sus recepciones los inviernos. La malicia empezaba á fijarse más de lo conveniente en el boato del joven matrimonio, pues aunque la novia había sido espléndidamente dotada y él no dejaba de ganar en su profesión, era imposible que no hubiese un desequilibrio muy grande entre los gastos y los ingresos de aquella casa. Tal vez la fortuna, cansada de prodigar á Pedro sus favores, empezaba á volverle la espalda.

Los padres de Pablo habían muerto, víctimas de los sinsabores que les ocasionara la quiebra comercial, y éste fundaba todo su cariño y todas sus ilusiones en el amor de Elena, una valerosa hija del trabajo, que con él sostenía á su padre, anciano y achacoso. Ni el joven ni la muchacha aspiraban más que al logro de sus ambiciones, reducidas á unirse en santo vínculo; pero hubo día en que creyeron de buena fe llegado el término de todas sus escaseces, al recibirse por el padre de Elena una carta, procedente de la República Argentina, á la que había marchado en busca de fortuna veinte años antes un hermano del mismo.

«Querido hermano, le decía en ella, aun cuando no te he escrito en tanto tiempo, siempre he sabido de ti por diferentes conductos. Sé que enviudaste, quedándote de tu matrimonio una hija tan bella como honrada; sé que te dejaron cesante hace años, que llevas una vida en extremo difícil, y que lo sería más sin la abnegación de Elena que trabaja para ti. Sé también que ésta se halla en relaciones con un joven muy aplicado y modesto, y en cuya triste situación acaso tenga yo alguna responsabilidad, por cuestiones comerciales que sería largo puntualizar en estos párrafos. Pues bien: vuestras pruebas tocan á su término. Yo estoy muy viejo y muy enfermo: empleé mi vida entera en labrarme una fortuna, y ahora echo de menos el calor del hogar, el amor de otros seres, algo de lo que debe llenar nuestra existencia, que no puede satisfacerse con la posesión de grandes bienes materiales. Pues bien: arrepentido de mi pasado, voy á volver á España, y os propongo un cambio en el que yo seré el ganancioso: partir con vosotros mis millones, que para nada me sirven, y que vosotros me deis algo de amor y vuestra casa el calor que mi vejez necesita. He realizado todos mis bienes en este país; lo he convertido todo en oro, á pesar de lo malo que está el negocio de la moneda, y dentro de quince días me embarcaré en el vapor *La Plata*, con rumbo á Cádiz. Es decir, que no terminará este año, sin que pueda yo apadrinar la boda de los muchachos.

»Entretanto te abraza tu hermano

»LUIS.»

La lectura de la presente carta fué acogida con grandes muestras de júbilo por el padre y la hija. Sólo Pablo callaba, y no rompió el silencio hasta que le rogó Clara que explicase sus preocupaciones.

— No es nada, dijo, no es nada, sino que esa carta ha llegado con más de un mes de retraso.

— ¿Y qué?

— Pues que anunciando D. Luis la salida para quince días después de escribir la carta, ya debería aquél haber llegado.

— Será cosa de preguntar en las oficinas de transportes marítimos, dijo el padre.

— Sin necesidad de hacerlo, puedo decir á ustedes algo, pues esta mañana leí en *La Correspondencia* que reina gran ansiedad en Cádiz por ignorarse el paradero del vapor *La Plata*, que procedente de Buenos Aires, debía haber fondeado hace medio mes.

— ¿Y qué hacer entonces?

— ¿Qué hemos de hacer? Esperar.

Ella espera, aunque muy impaciente, no fué muy larga. A los pocos días se supo, por referencia de uno de los correos de las Antillas, que en alta mar había naufragado, víctima de un ciclón, el vapor *La Plata*, pudiendo salvarse únicamente cuatro marineros que después de pasar dos días en una lancha, á merced de las olas, habían sido recogidos por el mencionado correo. Los demás compañeros, el pasaje, el cargamento, el casco, todo había sido tragado por el mar, y sería muy tardío y muy escaso lo que pudiera éste devolver á los costas.

III

«¡No terminará este año sin que apadrine yo la boda de los muchachos!» había escrito en su carta Luis, el tío indiano, con cuyo dinero se estarían regalando los peces, si es que el metal amonedado sirve de algo en las regiones submarinas. Aquellas palabras no se apartaban de la imaginación de Pablo, pues aunque nunca confió excesivamente en los rasgos de buena fortuna, aquél, sin duda por lo que coincidía con sus deseos, le había vivísimamente impresionado. Pero Pablo, aleccionado y endurecido por las contrariedades, convencido sobre todo de que necesitaba confiar única y exclusivamente en sí mismo, llegó á pensar:

— Y ¿por qué no ha de realizarse el programa, si quiera en su parte esencial? Ciertamente estamos para empezar el último mes del año; pero, aun sin patrimonio millonario, puede realizarse la boda.

Aquel mismo día fué á entregar una sentencia, que ponía término á un pleito de gran cuantía, á un abogado célebre, y éste le dió una gratificación á que no estaba acostumbrado: ¡cincuenta pesetas! ¡Éxigua cantidad sin duda para tomar estado, pero con la cual no contaba la víspera, y que era por lo tanto para él una verdadera lotería.

— ¡Una lotería!, pensó. ¡Si pudiera ser esta idea un aviso! ¿Y por qué no? La historia y la leyenda lotéricas están llenas de casos análogos, y acaso estas cincuenta pesetas, por la cifra y por la época en que llegan á mis manos, me indican lo que puedo lograr con ellas.

Y obsesionado por la idea, acabó por tener en ella tan ciega fe, que ya se juzgaba Pablo poseedor de algún importante premio que habría de permitirle realizar sin ahogos los ensueños matrimoniales. Jugó, pues, á la lotería los diez duros de la propina, adquiriendo un décimo de la extracción de Nochebuena, cuyo número no quiso siquiera mirar, para no privarse de la emoción que había de producirle la confrontación con la lista grande; y cuando, llegado el día del sorteo, quiso Pablo averiguar la suerte que había tenido, buscó vanamente en su cartera y bolsillos el billete lotérico. Este había desaparecido, siendo inútiles todas las gestiones que hizo por encontrarle. Su desesperación no conoció límites en un principio, pues ni siquiera pudo lograr el consuelo de la ajena conmiseración. A todos había ocultado la loca adquisición del billete, pues trataba á todo trance de haber sorprendido á su amada, de serle favorable la suerte, ó que no transpirase al mundo su secreto, si le era adversa.

¡Y había perdido lo que más le interesaba conservar, acaso al sacar de su cartera cualquiera de las notas de la Relatoría!

Pero ¿había de desistir por eso de su proyectado matrimonio? Pablo se contestó negativamente á esta duda, y por vez primera, después de algunos años, se acordó de su compañero Fernández de Toledo.

— Él no es malo en el fondo, se dijo. Si quisiera apadrinarme... y me anticipara á la vez algunos fondos para los gastos más indispensables...

Y fijo en esta idea, olvidó en parte la jugarreta que le había hecho la suerte y fué á llamar á la puerta de su condiscípulo, pues una vez adoptada la resolución, le urgía ponerla por obra.

Pero su condiscípulo no estaba en casa: aquella noche cenaba en el hotel de Roma con unos amigos.

— A la puerta le aguardaré, se dijo Pablo.

Y con efecto, en la calle del Caballero de Gracia estuvo parado tres ó cuatro horas, aguardando á que su amigo saliera del Hotel. Pero Pedro no salía, á



REDVÁN-BAJA, prefecto de Constantinopla



SAID-BAJA, ex gran visir del Imperio otomano



NAZIM-BAJA, ministro de Policía turco

(De fotografías de Abdullal hermanos, de Constantinopla)



LOS DESÓRDENES EN CONSTANTINOPLA. (Véase la explicación en la página 750)

ESTACIÓN DE POLICÍA CENTRAL, EN CUYO PATIO SE DICE QUE FUERON MUERTOS Á BAYONETAZOS VARIOS PRISIONEROS HERIDOS

(De fotografía de Abdullal hermanos, de Constantinopla)

pesar del extraordinario movimiento que pudo observar en la casa. Pablo, cansado de pasear, se sentó en el escalón de una puerta y siguió esperando..., esperando..., á la vez que sentía ligeros estremecimientos por el frío que en aquellos instantes reinaba en Madrid...

Después, medio desfallecido por no haber comido nada desde la mañana, notó sus miembros entumecidos y se dejó vencer por una inexplicable somnolencia... Después, nada.

## IV

— ¡Hombre!, decía un joven en un salón del Ateneo á un compañero suyo: aquí trae *La Correspondencia* la papeleta mortuoria de nuestro condiscípulo Pedro Fernández de Toledo, con nota de sus grandes cruces, indulgencias concedidas por el obispo, etc., etc.

— ¡Ah! Pero ¿no has leído en la tercera plana?, preguntó su interlocutor. Pues escucha, que el caso es novelesco.

«Una triste noticia tenemos que comunicar á nuestros lectores: El distinguido letrado D. Pedro Fernández de Toledo falleció anoche repentinamente en el Hotel de Roma, donde obsequiaba á varios amigos, con motivo de haber sido agraciado en la lotería de ayer con el segundo premio. Hay la extraña coincidencia de que el décimo favorecido no le había costado nada, pues se lo encontró entre unos autos que le habían llevado de la Audiencia. El juez de guardia acudió á levantar el cadáver y dió principio á la consiguiente sumaria.»

— ¡También es desgracia la del infeliz que haya perdido el décimo!

— Pues, á propósito de desgraciados y de condiscípulos, dijo acercándose un tercer interlocutor, *La Correspondencia* dice que anoche fué recogido enfermo en la calle del Caballero de Gracia un joven mal trajeado y peor alimentado sin duda; que, conducido al Hospital provincial, murió á poco de haber ingresado en él, y que en el bolsillo se le encontraron papeles acreditando llamarse Pablo González y Moral y ser dependiente de un procurador.

— ¡Hombre!.. Pablito..., aquel muchacho tan aplicado que nos apuntaba siempre en la clase de Derecho Romano.

— Algunos favores le debía el otro muerto... ¡Qué distinta suerte han tenido uno y otro!

— Y sin embargo, dijo el tercer interlocutor, la cosa es perfectamente lógica y demuestra la justicia del cuento de ¡Más! ¡Más!

— Venga el cuento, aunque sólo sea para quitarnos la triste impresión de las noticias que publica *La Correspondencia*.

— Pero si es tan conocido...

— De nosotros no.

— Pues bien: tan misericordioso es Dios Nuestro Señor, que apenas ha formulado una petición alguno de los mortales, cuando se apresura á dejarla satisfecha, pronunciando como fórmula y sentencia: Más.

— Gracias, Señor, dice uno: no hay empresa que no me salga bien..

— Más.

— Mi mujer es una santa, mis hijos unos ángeles... Soy feliz, completamente feliz.

Y el Señor repite invariablemente:

— ¡Más! ¡Más!

— Señor, dice otro, padezco una enfermedad dolorosísima y ruinosa..

— ¡Más!

— Mi pobreza ha llegado á su último límite.

— ¡Más!

— No hay quien no me engañe, me calumnie, me procese y me golpee...

Y el Señor sólo interrumpe los lamentos del que le invoca para repetir:

— ¡Más! ¡Más! ¡Más!..

M. OSSORIO Y BERNARD

## EL ESCULTOR JUAN CARRIÉS

El escultor Juan Carriés, uno de los más grandes artistas franceses modernos, que falleció hace poco más de un año y algunas de cuyas obras reproducimos en el presente número, nació en Lyon en 1856.

Huérfano de padre y madre desde la edad de cinco años permaneció hasta los catorce en un asilo fabricando rosarios, coronas de siemprevivas y otros objetos análogos. Del asilo pasó á la tienda de un yesero, en donde estuvo seis años limpiando los almacenes, desempeñando comisiones y llevando cajas á las estaciones de los ferrocarriles, sin más salario que casa y comida. Al cabo de cuatro años de estas modestas faenas, considerósele digno de moldear rosetones y estatuillas religiosas y de percibir diariamente un jornal de dos francos.

Tenía entonces diez y nueve años. Cansado de tan penoso é ingrato oficio y sintiendo arder en su corazón el fuego sagrado, abandonó bruscamente Lyon y trasladóse á París, adonde llegó sin más recursos que unos pocos céntimos. Sin pérdida de momento

del soldado que á sus órdenes estaba, concedíale paternalmente el tiempo necesario para dedicarse á los estudios de modelado. En aquella época ejecutó el artista gran número de medallones que hoy guardan sus poseedores como joyas de gran valía.

Terminado su servicio en las filas, volvió Carriés á París, y algunos meses después expuso en el Círculo de la calle Vivienne con el título de *Los desolados* una serie de bustos, de una expresión de miseria desesperante y barnizados con un gusto exquisito: la mayor parte de estos bustos, hechos de memoria, eran las imágenes reales de los desgraciados compañeros á quienes conoció durante su vida miserable y errante por las calles de la capital. Esta exposición causó cierta sensación entre los artistas, quienes adivinaron que había algo grande en aquel joven de veinticuatro años, de tez pálida, ojos claros, boca desdentada y aire altanero, cuyo penoso pasado y cuyas gloriosas ambiciones nadie conocía.

Pero la miseria continuaba persiguiéndole implacable. Entonces fué cuando trabó conocimiento con el fundidor Binger, y de la colaboración de estos «dos cómplices á cera perdida,» como alguien les ha llamado, nacieron todos esos bustos que figuraron primero en una exposición especial de las obras del artista, organizada de una manera admirable en su maravilloso palacio por Mme. Menard-Dorián, y que en 1892 pudieron ser admirados bajo el rico manto de su admirable patina en el Salón del Campo de Marte.

Pero la fundición á cera perdida es una operación muy lenta y erizada de dificultades: Carriés, deseoso de no confiar á nadie la traducción de sus obras originales y aguijoneado por su afán de realizar su sueño, echóse á buscar una primera materia con la cual pudiera, sin necesidad de intermediario, eternizar todas las fantasías decorativas que acudían á su imaginación. Para ello escogió el asperón.

Carriés tenía una conversación encantadora, era un estético de una dialéctica implacable, á quien la pasión por el arte inspiraba súbitos movimientos de elocuencia en los que la incorrección literaria de fórmulas pintorescas mezclábase con bellezas de lenguaje de brillante originalidad. Era preciso oírle exaltarse en la glorificación de su asperón querido, este «macho de la porcelana» como él lo llamaba, «esta materia noble que se presta poco á las fáciles expresiones pintorescas, que parece hecha para la ornamentación de aspecto nudoso, vegetal y duradero y que sólo puede dominar quien siendo á la vez maestro y obrero está seguro de sí mismo por la ejecución y por la idea, por la mano y por el cerebro. Pasta divina, sílice misterioso que, bajo la hábil presión de los dedos, toma formas tan diversas, tan exquisitamente graciosas, que resiste á las temperaturas enormes, que se asimila los esmaltes cargados de cal y se

abre bajo el aspecto encantador de un fruto maduro ó dé un precioso guijarro modelado para la alegría y las necesidades del hombre...» Luego ponderaba con triunfante elocuencia la aplicación de aquella materia al decorado interior de las habitaciones, y cual evocadas por su apasionado gesto, veíanse surgir paredes sobre cuya superficie se engastaban, en tonos grises de matices infinitos, revestimientos de asperón mate suaves á la vista como tapices antiguos de tintes desconocidos, y armonías íntimas logradas por la busca incesante de los tonos más sutiles y no de los colores más ricos y brillantes.

Carriés permaneció muchos años en las montañas del Morván, entre rústicos alfareros, estudiando el abecé del oficio, combinando él mismo sus mezclas de arcilla; entonces fué cuando á costa de no pocos esfuerzos buscó y encontró esos matices suaves que dan á sus obras el aspecto curioso de vida epidérmica que les distingue.

Admirada del aspecto decorativo de estos objetos de arte de finas entonaciones grises, de un gris Velázquez, una dama de elevada alcurnia y dotada de un gusto refinado, la princesa de Say-Montbelliard, tuvo la feliz idea de confiar á Carriés la ejecución de un gran decorado de asperón esmaltado que, sometido á la libre fantasía del artista, había de ser una especie de tabernáculo en donde depositara la partitura original de la ópera de Wagner *Parsifal*. Los que visitaron el Salón del Campo de Marte de 1892 pudieron admirar esta hermosa obra junto á otras no



BUSTO RETRATO, de Juan Carriés

fué á contar sus miserias y sus ensueños al escultor Pezieux, compatriota suyo, artista de gran talento que también luchaba trabajosamente por la gloria y que disfrutaba de una pensión de 1.800 francos que le pasaba su ciudad natal. Pezieux acogió cariñosamente á su camarada y le ayudó generosamente con sus consejos y con su bolsa; pero ésta apenas era suficiente para uno solo, así es que Carriés, no queriendo vivir más tiempo á costa de su Mecenas y á pesar de los ruegos de su excelente protector, separóse de él y estuvo vagando durante algunas semanas por París, durmiendo al raso, alimentándose con algunos céntimos de castañas y patatas fritas y apagando su sed en las fuentes públicas.

Cuando más desesperada era su situación, agravada por algunos incidentes dolorosos, pudo entrar en un círculo de obreros, en donde encontró al conde Brimond, á quien habían producido gran asombro algunos de sus ensayos de escultura decorativa. Encariñóse el aristócrata con el joven obrero y le confió la restauración de algunas terracottas de su hotel, llevándosele luego al campo y encargándole allí un tímpano de piedra esculpida, *El tiempo levantando el velo de las horas*, para su palacio de Meslay-Vidame.

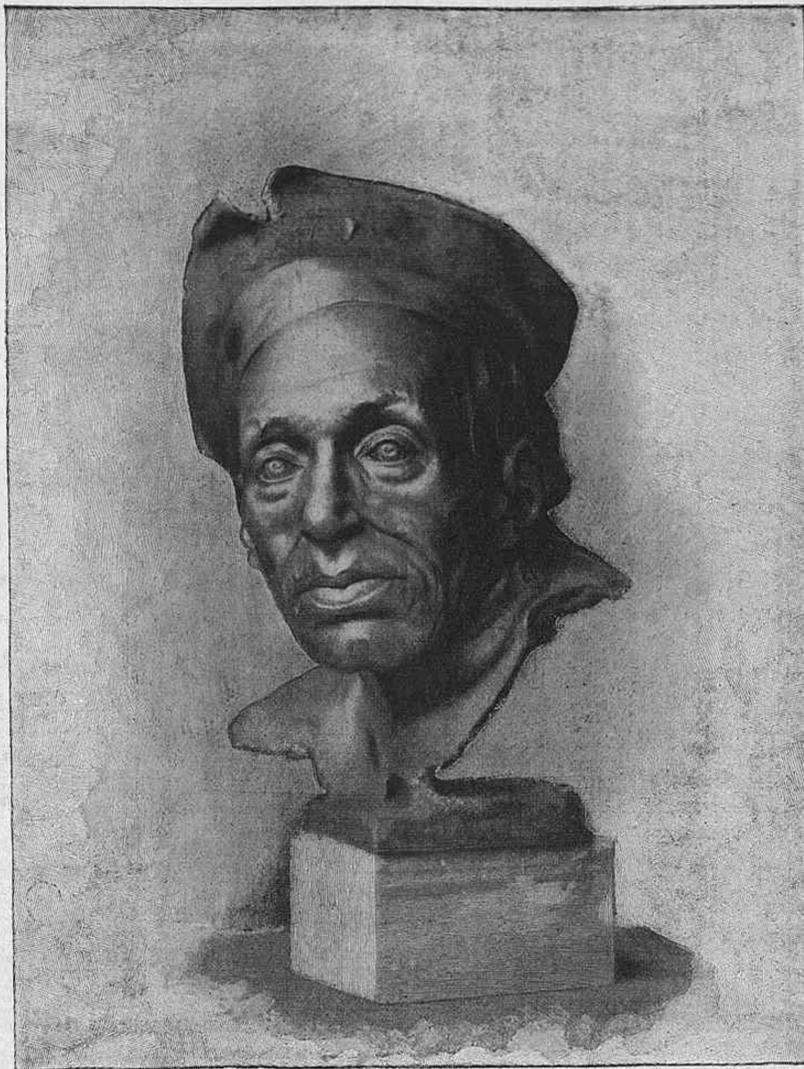
Después de esta temporada de vida campestre consagrada al trabajo, entró en el servicio militar, siendo destinado al 20.º regimiento, cuyo coronel, de quien Carriés habló siempre con lágrimas de gratitud en los ojos, presintiendo los gloriosos destinos

menos bellas del genial artista, que le valieron los aplausos incondicionales de la crítica y la cruz de la Legión de Honor.

Justo es reconocer que todas estas recompensas eran merecidas, pues ninguno de los talentos que han sobresalido en Francia durante la última generación ofrece el interés que el de este artista dotado de un genio tan extraordinario y de tan varias aptitudes, ninguno como él hállese fuera de toda comparación en el arte contemporáneo. Carriés parece pertenecer á una raza extinguida: fué ante todo un gran trabajador en una época en que parece ha muerto, por lo general, el sentimiento del trabajo persistente; fué un artista de la Edad media en una nación saturada de las clásicas tradiciones del Renacimiento; fué una imaginación creadora desarrollada en un medio ambiente lleno de amaneramientos, y en materia de cerámica fué un inventor cuyo igual sólo puede encontrarse entre los grandes maestros japoneses del pasado.

Las cualidades distintivas de Carriés fueron la originalidad, la espontaneidad y la expresión: la inmensa mayoría de las obras del arte moderno comparadas con las suyas resultan artificiales, hechas concienzudamente, si se quiere, pero hechas sólo con el cerebro, impersonales, comunes. Los más de los escultores modernos parecen puras inteligencias que construyen, coordinan y organizan, pero carecen de imaginación, de espíritu creador; en ellos se revela más el elemento intelectual que el sensitivo; su experiencia y su cultura son grandes, pero su emoción escasa; son, por decirlo así, más retóricos que poetas, y sobre todo no poseen en tan alto grado el sentido de la riqueza y de la vida oculta que en Carriés se manifestó con tanta magnificencia.

Tal vez la mejor definición que podría darse de Carriés sería decir que reunía á la vez el delicado gusto, la sobriedad y el sentido armónico de los franceses y ese sentimiento de la naturaleza que á los japoneses distingue. Su percepción y su imaginación



CABEZA RETRATO, modelada por Juan Carriés

vírgenes, como lo eran las de las razas primitivas, tienen en una época cual la nuestra una frescura indefinible y un poderoso encanto.

Los artistas como Carriés se identifican más que nosotros con la naturaleza y son un eslabón que nos

une con nuestra grandiosa madre, cuya vida hace tiempo que hemos dejado de sentir: gracias á ellos desgárrase el velo que oculta el universo á nuestros ojos y nos es dado contemplar la eterna gloria y la belleza de un mundo para nosotros desconocido; ellos, pues, nos descubren una porción de esa vida y de esa belleza que ignorábamos, y por ellos apreciamos en todo su valor realidades que mirábamos con indiferencia.

La visión se desvanece, pero aquella resurrección de las cosas muertas deja en nuestra alma un tesoro de emociones y de pensamientos. Hemos sentido latir las fuerzas profundas al través de la más humilde existencia y de los organismos más inferiores, las hemos visto desarrollarse en dulce y variada vida humana y nos hemos encontrado frente á frente de la infancia, de la pureza, de la ternura, de los padecimientos, de la resignación y de la esperanza haciéndonos presentir divinas esencias.

Carriés era un artista noble y altivo, en el buen sentido de la palabra, para quien el trabajo constituía una ley santa, pero no el trabajo entre las agitaciones de la sociedad, sino el trabajo solitario y fecundo, alejado de los mundanales ruidos y de las fluctuaciones perturbadoras de la moda. Buscó la gloria con afán, llevado por el solo deseo de realizar su sueño de alfarero. Y cuando nuestras miradas se fijan en estos maravillosos bustos de bronce á cera perdida, sobre sus jarrones y vasijas de infinitas formas, todas bellísimas y originales, sobre estas máscaras decorativas, sobre todos estos monstruos nacidos de sus pesadillas artísticas, sobre esos rostros infantiles de indefinible dulzura, preciso es reconocer que el humilde yesero de Lyon consiguió llegar á la meta que se había propuesto.

¡Cuán doloroso es considerar que aquella potente fuerza creadora y aquella resistente vida tan llena de contrariedades se extinguieron en la plenitud de su juventud y de su vigor!

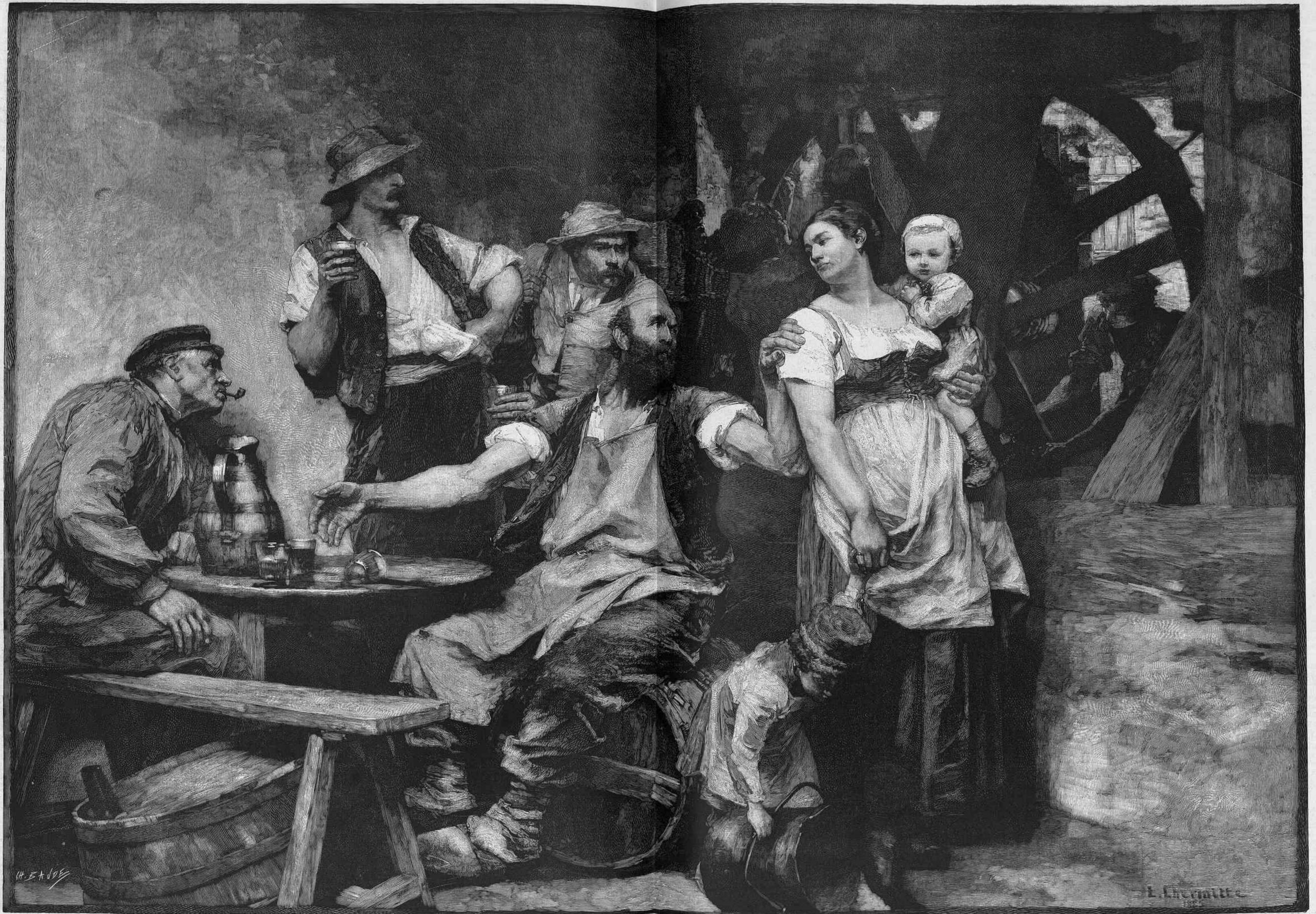
Juan Carriés falleció en 1.º de julio de 1894. - X



BUSTO RETRATO DE FRANCISCO HALS, obra de Juan Carriés



BUSTO RETRATO DE JULIO BRETÓN, obra de Juan Carriés



EL VINO, CUADRO DE L. LHERMITTE



**La crónica del baile, cuadro de G. L. Seymour.**—De todas las diversiones que la sociedad ofrece á la gente joven, ninguna tiene, especialmente para el sexo bello, los encantos y atractivos con que le brinda el baile. Comienzan las muchachas por gozar con los preparativos, combinando telas y adornos, cintas y flores, recorriendo tiendas para surtir de esa multitud de accesorios no menos indispensables que los elementos principales y visitando de continuo á la modista, ora para probarse el traje, ora para hacerle las recomendaciones y consultas que sin cesar se les ocurren, ó bien para darle prisa á fin de que todo esté dispuesto en el momento oportuno. Después de un día de emociones, que nunca faltan tratándose de una fiesta que tantas preocupaciones trae aparejadas, llega la noche del baile, y no hay que decir lo que durante ella disfrutan las jóvenes al ver colmados todos sus deseos y al sentir los placeres del triunfo que las recompensa largamente de todos sus afanes. Y después ¡con cuánta impaciencia se

unos vasos de vino, aquella mujer que con un chiquillo en brazos y llevando á otro de la mano parece echar en cara á su marido que gaste en la bebida una parte de su no muy pingüe jornal, el mismo local sombrío en que se desarrolla la escena, forman un conjunto grandioso que impresiona y que avvaloran infinitos detalles de una ejecución vigorosa y de entonaciones armónicas. *El vino* del afamado pintor francés es un cuadro de los que llenan una de las páginas más hermosas de la vida de un artista y marcan una fecha gloriosa en los anales de la historia artística de un pueblo.

**Buenos Aires. Embarque de los voluntarios españoles en el vapor «San Francisco.»**—Así que se conoció en Buenos Aires el decreto del gobierno español indultando á los prófugos y desertores que quisiesen pasar á Cuba á defender la integridad de la patria, fueron muchos los que se presentaron á nuestras autoridades. La lista de los voluntarios crecía á la par de la que detallaba los fondos que se recaudaban entre la colectividad española, y pronto se comprendió que sería pequeño para contener tanta gente el «San Francisco», que el gobierno mandaba á las playas del Río de la Plata para recoger y llevar á Cuba á aquellos intrépidos voluntarios.

Cerca de 52.000 pesos se habían reunido el día 12 de septiembre y no menos de 1.400 hombres se habían alistado para pasar á la gran Antilla. De éstos solamente 1.200 pudieron embarcarse.

## SPORT

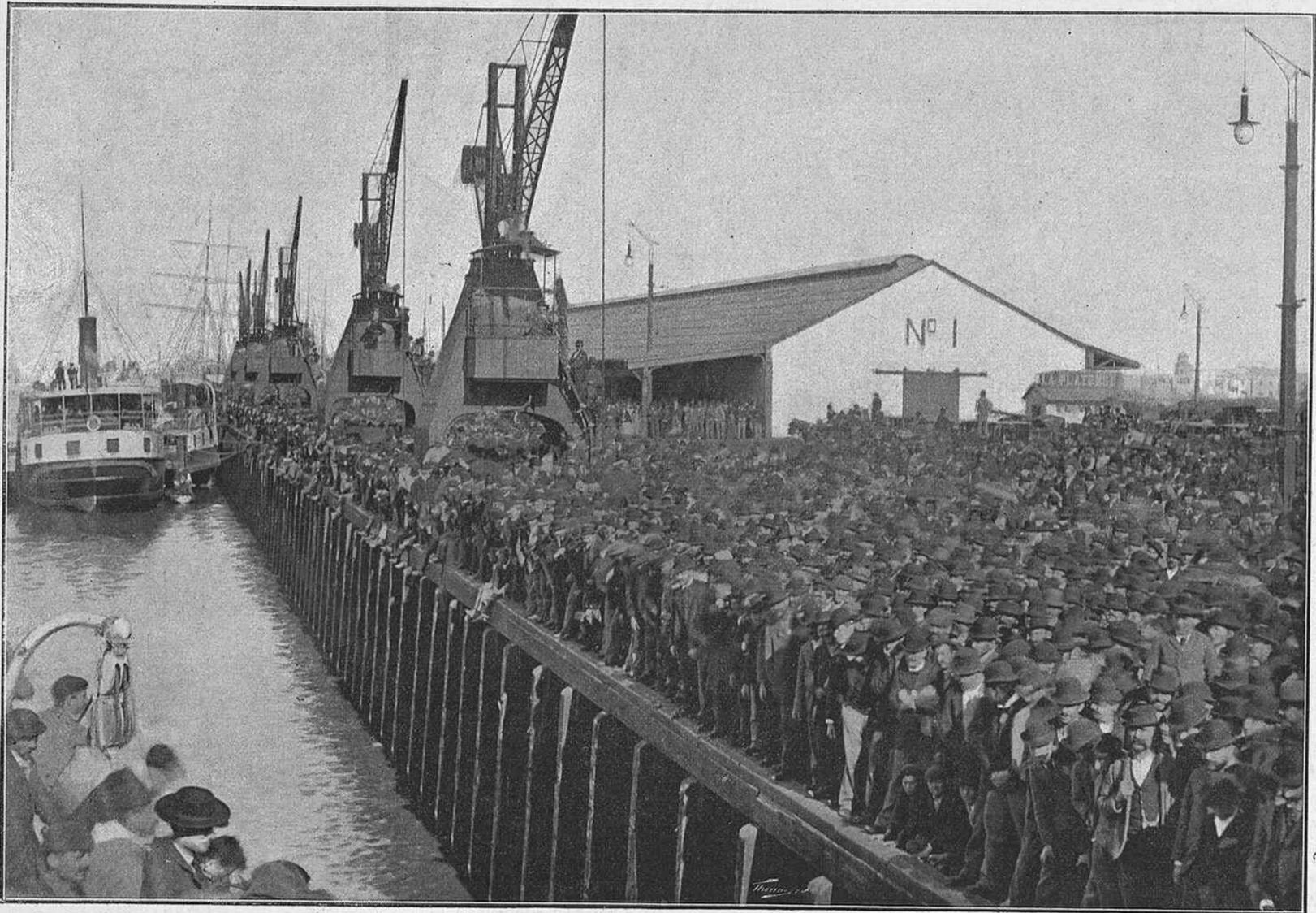
De acontecimiento hípico pueden calificarse las últimas carreras de caballos efectuadas en París el 20 del actual en el elegante hipódromo de Chantilly. Grande era la expectación entre inteligentes y aficionados por estar inscrita *Dinette*, cuyo jockey Dodd tiene ya universal renombre en el mundo hípico.

El interés del público fué creciendo á medida que transcurrían las diferentes series de las carreras, y se concentró todo, hasta con verdadera ansiedad, al verificarse la correspondiente al Handicap de 2.400 metros de recorrido. Estaban inscritos y en fila *Dinette*, *Quelus* y *Addy*, y tras una reñida lucha, en la cual el jockey Dodd hizo verdaderos prodigios, venció *Dinette*, triunfo que fué acogido por la concurrencia con grandes aplausos. El premio eran 20.000 francos.

\*\*

Ya se ha efectuado en el Velódromo de las Delicias de Madrid el anunciado *record* de cien kilómetros por el ciclista navarro Sr. Lapuente, y de verdadero éxito por cierto puede calificarse el resultado obtenido.

Su triunfo ha sido indiscutible, pues no tan sólo batió el *record* en 2<sup>h</sup> 34<sup>m</sup> 13<sup>s</sup>, sino que batió todos los *records* españoles en pista. El de Lozano, por ejemplo, lo venció por 17<sup>s</sup> en los 5 kilómetros, y el *record* de Lacasa, que era el de 50 kilómetros, lo ha efectuado en 1<sup>h</sup> 15<sup>m</sup>. El Sr. Lacasa tuvo entusiasta ovación por el inmenso público que presenció sus lucidas carreras.



BUENOS AIRES.—EMBARQUE DE LOS VOLUNTARIOS ESPAÑOLES EN EL VAPOR «SAN FRANCISCO» (de fotografía)

esperan los periódicos para leer la crónica del baile! No haya miedo de que cuando se apoderen de éstos se fijen en otra cosa que en la sección destinada á esta clase de fiestas: para ellas todas las noticias por importantes que sean resultan insignificantes al lado de la revista de salones. ¡Con qué avidez recorren sus ojos aquellas líneas! ¡Cómo brilla su mirada y se pliegan sus labios en adorable sonrisa al tropezar con sus nombres acompañados de los calificativos más encomiásticos! ¡Y qué espíritu analítico tan profundo se desarrolla en ellas al pesar el valor de cada adjetivo y al comparar la parte que á cada una ha correspondido en la distribución de elogios hecha por el revisor!

El celebrado pintor inglés Seymour ha expresado de una manera perfecta esta situación en el cuadro que reproducimos: en la actitud de la joven se refleja la abstracción de ésta de todo cuanto no sea la revista que lee, y su rostro deja adivinar que no está descontenta de lo que de ella dice la crónica del baile.

**El vino, cuadro de Lhermitte.**—Desde que en el Salón de París de 1874 obtuvo una medalla de tercera clase, el autor de este cuadro ha ido de triunfo en triunfo, y ya en 1889 fué premiado con la medalla de honor, recompensa que sólo se concede á los más eminentes artistas. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ha publicado varias de sus obras, entre las que citaremos *Las lavanderas*, *El herrero*, *El leñador* y *la muerte* y *Un mercado de París*: en todas ellas se admira al artista enamorado de la verdad, sin perder por esto de vista ni un momento que el arte, además de ser expresión de lo verdadero, lo es también de lo bello. Las cualidades características de Lhermitte son el vigor, la valentía, la sobriedad, y merced á ellas consigue efectos maravillosos: es un pintor de fibra que no retrocede ante las mayores dificultades del dibujo y del color y que busca principalmente entre las clases populares los asuntos para sus composiciones. El lienzo que hoy reproducimos es indudablemente uno de los más hermosos que su pincel ha trazado: aquel grupo de obreros que descansan de sus rudas faenas apurando

El día 13 del citado mes fué el señalado para este acto, y jamás presencié Buenos Aires manifestación más espontánea ni más numerosa. A millares concurren los espectadores á la dársena Sud, donde se hallaba el «San Francisco», y millares eran los españoles que con lágrimas en los ojos despedían á los voluntarios. Nuestro grabado da una pálida idea de la aglomeración de gente que enroqueció de tanto gritar ¡Viva España!, ¡Viva Cuba española! y ¡Viva la República Argentina!

**Excentricidades yankees del porvenir.**—A los yankees les acontece algo de lo que, en otro género, sucede con nuestro sin par Quevedo: así como no hay cuento algo subido de color que no se atribuya al autor de *El gran tacaño*, así también todas las extravagancias á aquellos hijos de América se cuelgan, y todas las grandes mentiras y los hechos más absurdos parecen no tener más patria que los Estados Unidos. Mucho hay de cierto en lo que de los descendientes del tío Sam nos cuentan, pero confesemos que en algunos casos mucho tiene que hacer en lo que se nos relata nuestro tío Paco, el de la rebaja. De todos modos, justa ó injustamente, los yankees han adquirido esta fama y de ella se aprovechan no pocos escritores y artistas de todos los países para dar rienda suelta á su fantasía y excusar las mayores extravagancias de su imaginación haciendo que el sucedido ocurra entre norteamericanos: esta explicación satisface, y la inmensa mayoría al enterarse de ella exclaman, como el gracioso de muchas comedias de enredo: «¡Ahora lo comprendo todo!» El dibujo que á título de curiosidad reproducimos en la página 752, es un capricho de artista que, no queriendo abusar de la situación y para que nadie pueda llamarse á engaño, nos ofrece una excentricidad yankee... *del porvenir*: un padre ó tal vez un bigamo se hace arrastrar en un vehículo extraño, combinación de coche y triciclo, por sus dos hijas ó por sus dos esposas, una de las cuales además de darle al pedal le da al abanico para mayor comodidad del señorón que se pasea cómodamente arrellanado en su carruaje. ¿Será algún día realidad esa broma del dibujante? ¡*Chi lo sal!*

Nuestro eximio dramaturgo Sr. Echegaray nos va resultando no ya un aficionado simplemente, sino un verdadero apóstol del ciclismo, por lo cual la afición puede estar de enhorabuena. Días atrás los velocipedistas madrileños le obsequiaron con una excursión al Pardo, en la cual figuraban numerosos concurrentes. Las frases entusiastas y o'recimientos de propaganda que durante el banquete que siguió al *record* pronunció el ilustre prócer, fueron acogidas con íntima fruición. Al final de la comida fué enviado á María Guerrero el ramo de flores que adornaba la mesa. Hay que advertir que la genial artista es una de las españolas más entusiastas de este género de sport.

También en París han ocurrido sucesos de sensación entre el elemento ciclista: el principal y que ha inspirado más interés ha sido el desafío ó *match* verificado entre el corredor inglés Michäel y el francés De Lartignes, siendo el sitio designado para el encuentro el velódromo Búfalo. La trayectoria del recorrido eran 50 kilómetros, que fueron batidos fácilmente por Michäel, sobre De Lartignes, que concluyó su *record* con 4 vueltas de retardo.

\*\*

Las heladas brumas de los mares del Norte, que efecto de la presente estación van invadiendo los puertos y playas frecuentados hasta ahora por las escuadrillas de yates de recreo, son causa de que se haya iniciado el desfile á la desbandada de aquellas airosas embarcaciones, y mientras las unas van preparándose en los cómodos y seguros *docks* y *bassins* para la época de invernada, otras, las que pertenecen á los *Yachtsmans* de pura raza, enderezan su proa hacia las templadas aguas del Metiterráneo para inaugurar la «Niza-Season», como la llaman los ingleses. Son en gran número este año las yates que se han dado cita en el delicioso Golfo de San Juan, en donde desde Niza hasta Villefranche, es un paisaje verdaderamente ideal, y no sería extraño que nos viéramos visitados en nuestro puerto por alguno de los yates expedicionarios.

E. FONTVALENCIA

## ABANDONADA

NOVELA DE ENRIQUE GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE SALVADOR AZPIAZU

(CONTINUACIÓN)

## XII

La casa no desdecía de la entrada. Desde el corredor, que hacía las veces de antecámara, todo parecía limpio, arreglado y hasta quizá demasiado meticuloso.

Objetos raros, vestigios de otra generación, adornaban las paredes y los muebles. Un huevo de avestruz, adornado con cintas de seda, pendía del techo á guisa de extraña lámpara. En un aparador que estaba sobre una mesilla se podían admirar, cuidadosamente puestas en fila y limpias el polvo, algunas muestras de labor entrelazada con perlas y cáscaras de coco esculpidas, además de otras bagatelas sin valor, á las que, probablemente, su dueña daba importancia suma y tenía en el concepto de curiosidades notables.

La planchadora no se entretuvo en mirarlas, pues ya las había visto mucho tiempo atrás. La anciana criada volvió, y la hizo entrar en un pequeño salón iluminado por dos ventanas, en el cual junto á una buena estufa de hulla trabajaba una señora de alguna edad, inclinada ligeramente sobre una labor de tapicería.

— Buenos días, señora Jalín, dijo sin alzar la cabeza. Aguarde un momento, que concluyo en seguida: «cinco, seis siete. Se acabó.»

Enderezó el cuerpo, clavó la aguja en el tirante de lienzo y mostró á la planchadora un rostro redondo con un par de mejillas rollizas y coloradas como las manzanas de invierno, unos ojos grises, oscuros y muy vivos todavía, y este conjunto encerrado en un marco de cabellos grises, peinados un poco al azar, pero que no excluían la simetría. Una cofia de punto de Valenciennes, adornada con una cinta azul, hacía resaltar el carácter de aquella fisonomía nada vulgar.

La señora Jalín saludó acercándose con respeto rayano en la humildad, y se sentó en una silla al tiempo en que la señora le dijo:

— Siéntese usted. Me ha traído usted mis gorros y viene sin duda para recoger mis encajes, ¿no es verdad? No me he acordado todavía de buscarlos y siento que haya venido de tan lejos. De todos modos, diré á Rosa que le dé algunos cuellos...

— No he venido para eso, señorita, y nada le he traído, dijo, deteniendo con gesto respetuoso la mano ya tendida hacia el cordón de la campanilla. Tengo otra cosa que decirle; y ya que tiene usted la bondad de demostrarme un poco de confianza, hablaré con el corazón en la mano.

— Hable usted, señora Jalín; es usted la mujer más honrada que conozco.

Como que á pesar de aquellas palabras la planchadora no se decidía á despegar los labios, la señorita de Beurenom continuó en tono amistoso:

— ¿Le hace falta algún dinero? Dígamelo sin rodeos.

— Nada de eso, señorita; pero de todos modos le doy las gracias.

Más alentada por aquel ofrecimiento de dinero que con un diluvio de buenas palabras, la planchadora relató la historia de Marcela desde la muerte de su madre en el *square* Montholón hasta la escena de aquella tarde. La señorita Beurenom trabajaba de corrido sin perder ni un punto de tapicería ni una palabra del relato de la planchadora.

— ¿Y bien?, preguntó alzando la cabeza cuando cesó de hablar ésta.

— He aquí lo que tenía que decir á usted. Cuando he visto esto, he tomado el ómnibus y he venido aquí para que me aconseje qué es lo que debo hacer.

A la solterona le pareció la pregunta bastante grave para dejar durante un rato la labor, como así lo hizo, arrellanándose cómodamente en su butaca.

— ¿Y el padre?, preguntó después de largo rato de meditar.

— He aquí precisamente lo que me asusta, señorita. Se me figura que buscando bien desde el principio y recogiendo los datos necesarios, hubiese sido posible encontrarle. Suponiendo, cosa que no creo, que abandonara voluntariamente á su esposa, si se le hubiera hecho saber que ésta había muerto, es probable que cuando menos hubiese recogido á su hija.

— ¡Qué extraño destino!, dijo la señorita Herminia — así se llamaba — adoptando un tono semiteatral.

Ese padre y esa hija que se adoran quizá, viven separados por el inmenso Océano y por un abismo moral más inmenso todavía.

La señora Jalín no acertó á contestar, pues aquel lirismo era muy superior á su habitual dialéctica.

— Ya comprenderá usted, añadió después de dejar pasar un intervalo á guisa de respetuosa acogida á las anteriores palabras, que la posición de la pobre niña en casa de la señora Favrot será intolerable. Hasta ahora menos mal; pero de aquí en adelante la van á acusar de ingratitud y á martirizarla. Y luego Luisa volverá dentro de breves meses y necesitará más espacio que antes, y como la habitación es muy pequeña, preveo que Marcela va á servir de estorbo y que es capaz de no querer aguantar esa situación y de marcharse.

— ¿Y adónde se marcharía?

— ¡Qué sé yo! A la calle, donde se encontrará más sola y más abandonada que jamás, y Dios sabe lo que sufrirá la pequeñuela. Si por lo menos yo pudiera encontrarla entonces. Pero lo probable es que no se acuerde de mí en el caso que tal suceda.

— ¿Y es bonita la niña?, preguntó la señorita Herminia, cogiendo de nuevo la labor.

— Sí, muy bonita. Tiene la boca un poco grande y la barbilla partida, pero ¡sus ojos son tan hermosos y de expresión tan cariñosa, su tez tan blanca y, sobre todo, su aspecto tan cándido é inocente!..

— Debería usted traérmela, dijo la solterona con viveza, pues le gustaban mucho los niños.

— Procuraré complacer á usted, señorita. La señora Favrot está celosa de ella; pero procuraré que me la deje.

— Dígame que es una persona que quiere favorecer á la niña, sugirió la solterona, cayendo en el lazo que le tendía la planchadora.

— Razón de más para para que no quiera confiármela, repuso la señora Jalín, que sabía desde larga fecha que los obstáculos tenían la cualidad de irritar el deseo de su amiga.

— ¡Cómo!, exclamó ésta. ¡Se la encierra! Esto es monstruoso. No hay derecho á encerrar á los hijos y mucho menos á los niños ajenos.

— Sin embargo, la obligan á hacer los recados, dijo la planchadora, que tuvo miedo de haber llevado demasiado lejos la fantasía de la señorita Herminia. En fin, procuraré traer á la niña.

— Lo más pronto posible ¿No podría ser mañana?

— No lo sé. Puede que sí; trataré de satisfacer su deseo.

— Esto es, dijo la solterona muy contenta; crea usted que le quedaré agradecida.

La señora Jalín se retiró, y una vez en la calle no pudo reprimir una sonrisa pensando lo bien que le había salido su inocente superchería. Había venido á suplicar y se marchaba triunfante. Y todo ello por haber sabido excitar á tiempo la curiosidad de aquella señora.

— ¡Pobre señorita!, pensaba interiormente en tanto que el ómnibus la volvía á su casa: hago mal en reirme de ella, pues al fin y al cabo es más buena que el pan. Estoy segura que Marcela le gustará mucho más y le será más útil que Medor, aquel perrazo que se le murió el año pasado y cuya pérdida sintió tanto.

## XIII

— ¿Quiere usted dejar que Marcela venga conmigo para llevar una canastilla?, preguntó la señora Jalín á la herbolaria al día siguiente, después del almuerzo.

— Vaya una idea que le ha dado á usted con su canastilla. ¿Conque ahora necesita usted quien la ayude?

— Ya sabe usted que no; pero hoy he de devolver

ropa blanca muy fina á una señorita y temo que se me arrugue, lo que me valdría una repulsa, pues mi parroquiiana es muy maniática.

— ¿Vive lejos?

— En Passy; pero tomaremos el ómnibus. Además, no sé por qué no quiere usted que salga la niña. Apenas sale nunca á paseo ni conoce París, y si algún día tiene usted que enviarla á un recado algo lejos, de fijo que no sabrá el camino.

— Llévase la usted, dijo la señora Favrot de mala gana.

— Gracias, contestó la planchadora en tono algo irónico. ¿Dónde está?



Buenos días, monina

— Está lavando los platos en la cocina. Dígame que se vista en cuanto haya acabado.

Envuelta en un gran delantal, la niña frotaba enérgicamente una cacerola. Como no llegaba al lebrillo, había tenido que subirse á un escabel de madera.

— Vengo á buscarte, dijo la señora Jalín, sintiendo lástima de la niña. Acaba tu trabajo y vístete.

— Ya acabé, contestó Marcela, alzando el rostro que había enrojecido con el esfuerzo hecho y parecía emergir del fondo de la cacerola. Deje que lave el fogón y estoy lista.

Se expresaba como si fuese ya una criada hecha y derecha; la planchadora sentía ganas de pelearse con la señora Favrot con cualquier pretexto; pero pensando que aquello podría tal vez perjudicar á Marcela, se contuvo. Se contentó con ayudar á arreglar aquí y allá y le tomó la cacerola de la mano para colgarla de un clavo que estaba muy alto y al que la niña no podía llegar sino subiéndose á una silla.

Limpio el fogón, puestos los platos en su sitio y todo bien arreglado, la señora Jalín creyó que la niña estaba lista, cuando vio que ésta se ponía á fregar el suelo.

— Ya harás eso mañana, le dijo la planchadora impaciente.

— ¡Oh, no!, contestó Marcela; la señora Favrot quiere que friegue la cocina después del almuerzo, y si no, me riñe.

La señora Jalín reprimió un suspiro, no dijo una palabra; pero sin poderse contener arrebató la esponja de manos de la niña y en un momento acabó aquel repugnante trabajo.

— Vé á vestirte, dijo saliendo de la cocina, que te aguardo en casa. ¿Me la enviará usted, verdad?, continuó dirigiéndose á la herbolaria, que le contestó con un signo afirmativo.

— ¡Vaya, vaya!, murmuró la planchadora volviéndose á su casa. Si alguien me hubiese dicho que tenía que fregar la cocina de la Favrot, ¡poco que me hubiera reído!, y sin embargo, ahora acabo de hacerlo.

Diez minutos después, Marcela y la planchadora, con una canastilla cada una, caminaban precipitada-

mente hacia la plaza de la Bolsa. El aire era frío, pero seco, el sol aparecía de trecho en trecho y se notaba gran movimiento en la calle.

— Es extraño, dijo Marcela; nunca me habían parecido las calles tan hermosas sino el día que llegué á París.

— ¿Te acuerdas aún?

— Un poco, no mucho. ¿Qué es esto, señora?, preguntó señalando con la manecita un edificio.

Era la Bolsa. Marcela se admiró mucho más cuando después de haber tomado el ómnibus, éste pasó por los *boulevards* que ostentan tantos monumentos admirables y que hacen de aquel trozo de París comprendido entre la Magdalena y Passy uno de los más hermosos del mundo.

— Si tuvieras que volver aquí otra vez, ¿sabrías encontrar el camino?, preguntóle la señora Jalín.

— Creo que sí, contestó la niña. No es muy difícil, pues recordando que se siguen los *boulevards* y luego esa hermosa calle..., y luego..., ya no sé más...

— Ya lo sabrás, hija mía, dijo sonriendo la planchadora. Es preciso que lo aprendas, porque el conocer bien París es una ventaja muy grande y una cosa necesaria á los que aquí vivimos.

Marcela no había salido casi nunca de su barrio, pues la herboristería no podía abandonarse, y sólo alguna que otra vez, hacía mucho tiempo, la señora Favrot había llevado á las niñas al Jardín de Plantas. Pero era cuando Marcela llevaba aún los trajes de la niña muerta; después de haberlos estropeado, no tenía vestido presentable para los domingos, así es que se dedicaba á guardar la tienda en tanto que la señora Favrot y Luisa se iban de paseo.

La señorita de Beurenom esperaba con febril impaciencia á la planchadora. Al entrar, Rosa, la vieja criada, dijo á Marcela:

— ¡Gracias á Dios que estás aquí, pues desde ayer la señorita me está quemando la sangre y me ha llamado lo menos diez veces para saber si venías!

Marcela entró en el saloncito, suavemente empujada por la señora Jalín que apoyaba una mano sobre su hombro. Con los ojos desmesuradamente abiertos miraba cuanto la rodeaba, sin fijarse en la solterona, cuya silueta se destacaba vigorosamente sobre el fondo claro de la ventana. Cuando habló la señora, quedó sorprendida la niña.

— Buenos días, monina. ¡Qué bonita eres! ¿Qué edad tienes? ¿Cómo te llamas?

— Siete años, señora, contestó la niña. Me llamo Marcela Monfort.

— Es inteligente, murmuró la señorita Herminia guiñando el ojo á la planchadora. ¿Y qué es lo que haces?, añadió.

— Pues mire usted, me cuido de guisar y arreglar la casa de la señora Favrot, que me recogió cuando me hallaba abandonada.

— ¿Te trata bien esa señora?

— Oh, sí, señora, es muy buena, contestó con los ojos inundados de lágrimas.

Ciertamente; la señora de Favrot era muy buena, puesto que la había amparado.

— ¿Y estás á gusto con ella?, insistió la señorita Herminia.

Marcela no contestó, y su mirada, después de errar aquí y allá por los cuadros de la habitación, se fijó otra vez en la labor de la señora.

— ¿No estás contenta?, repitió la buena anciana.

— Me han dicho que mamá ha muerto, dijo la niña en voz baja y á punto de romper á llorar; pero papá no ha muerto y quisiera verle.

Con su manecita encarnada y agrietada por los rudos trabajos de la cocina se enjugó los ojos y quedó quieta ante aquella señora, á tiempo que ahogaba un suspiro. Las dos mujeres se miraron conmovidas.

— ¿Te acuerdas de tu padre?, preguntóle la señorita de Beurenom.

— ¡Oh, sí!

— ¿Le conocerías si le vieras?

Marcela estuvo pensando un rato y por último contestó con abatimiento:

— ¡Ay! No lo creo.

La señorita Herminia adoptó un tono patético, pues no sabía hacer nada sin un poco de énfasis.

— ¡Qué dédalo!, dijo con desesperación. Y sin embargo, quizá una luz viva brille algún día en el fondo de esta obscuridad. ¡Quién sabe si frente á frente y advertidos por la voz de la sangre, padre é hija se reconocerían y volarían uno en brazos de otro!

«No me parece muy seguro,» pensó para su capote la señora Jalín; pero como no era sino una planchadora, consideró irreverente emitir su opinión acerca de aquel punto.

— Vé á jugar al jardín, hija mía, y di que te den una golosina, repuso la solterona, dirigiéndose á la niña y volviendo á la realidad de la situación.

Llamó á Rosa, que se llevó á Marcela. La señora

Jalín y la solterona cambiaron una mirada con sonrisa enternecida.

— ¿No es verdad que es muy linda?, dijo la planchadora, entusiasmada.

— Adorable. ¿Pero no tiene algún defecto?, replicó vivamente la señorita Herminia, irguiendo el cuerpo y tomando la facha de un juez de instrucción.

— ¡Defectos! ¡Ay Dios mío! ¿Cuáles?

— ¿No es embustera ni ladrona?

— Le puedo jurar á usted que no, contestó la señora Jalín, algo picada. A no ser así, no me hubiera atrevido á hablarle de ella ni á presentársela. Sólo tiene un defecto que para mí no lo es: tiene el corazón demasiado sensible. Cuando se la riñe, no contesta la pobrecilla; pero se va á un rincón y llora, llora tan amargamente, que parece que el alma se le va á salir del cuerpo.

— Ese es un signo de noble altivez, contestó entusiasmada la solterona.

— Y dígame, ¿no habría modo de quedármela?

— ¡Quedármela!, exclamó la señora Jalín con tono inocentón.

— Sí: quedármela conmigo, aquí, dijo la señora con impaciencia.

— ¿Para qué?

Al oír aquella pregunta insidiosa en su aparente sencillez, la solterona bajó la cabeza y reflexionó.

La señora Jalín continuó diciendo con extrema suavidad:

— Debe usted advertir, señora, que esta niña no tiene fortuna; que se verá obligada á ganar la vida, bien como criada, bien como obrera, y si se le acostumbrara á una existencia más descansada, menos trabajosa y tal como la pasan las señoritas, cuando llegara el momento de prueba, podría suceder que se viera apurada para ganarse el sustento y quizá entonces le sucediera alguna desgracia... En ese caso más le hubiera valido continuar sirviendo en casa de la señora Favrot, aun cuando debiese aguantar reproches inmerecidos.

— ¿Y si su padre vuelve un día?, preguntó la señorita Herminia, levantando sus manos bien cuidadas y llenas de sortijas antiguas. Si es un hombre instruído que ha hecho fortuna en América, ¿cree usted que se considerará dichoso encontrando á su hija hecha una rústica, sin instrucción ninguna, como una grosera maritornes?

— Esto está por ver, replicó la señora Jalín, moviendo la cabeza; y lo que hay de cierto es que la pobre niña tiene necesidad de ganarse el pan de cada día.

— ¿Y quiere usted dejarla en la tienda de la herborista, cuya dueña no la envía siquiera al colegio? Más valía entonces que no me la hubiese enseñado. Y ahora que tengo ganas de adoptarla, es usted la que me contraría.

Los ojos de la señorita Herminia relampagueaban de cólera, al paso que la señora Jalín sonreía para su sayo.

— Mire usted, señorita, de buena gana quisiera que se quedara á su lado; pero pudiera suceder, y de eso no hay duda, pues nadie es inmortal, que faltándole usted, esa chica cayera otra vez en la miseria, que es más temible á los catorce años que á los siete, por las tentaciones que trae aparejadas.

— Y sin embargo, respondió la solterona desconsolada, no puedo comprometerme á dotarla, porque no sé la conducta que observará en lo sucesivo...

— Sin duda que no. Pero puede hacerle aprender un oficio, el mío por ejemplo, que yo le enseñaría sin hacerle pagar un mal ochavo. Al menos de esta manera no se hallaría obligada á pedir limosna.

— Muy bien, exclamó la señorita Herminia, le enseñará usted su oficio, y yo, por mi parte, le haré preparar para los exámenes de ingreso de las escuelas municipales; y si en ese caso le sucedía alguna desgracia que no puedo prever, pues con la gracia de Dios espero todavía vivir mucho tiempo, tendría por lo menos dos recursos en vez de uno. Está dicho; veamos, ¿cuándo me la traerá usted?

La señora Jalín quedó perpleja, pues no había previsto un desenlace tan rápido.

— No se lo puedo asegurar, contestó vacilando. Si le hiciera tal proposición á la herbolaria, empezaría á chillar y la niña lo pagaría. Esperaremos á que un día la vecina se enfada con la niña, y entonces se la traeré, lo cual no tardará mucho en acontecer, pues Luisa volverá la semana próxima, y antes de ocho días habrá despedido de su casa á Marcela, si hay que juzgar por los celos que tiene de la pequeña.

— ¡Qué horror!, dijo la señorita Herminia, juntando las manos.

— Esto es evidente y tiene fácil explicación. Es egoísta y no puede tragar á otra niña en su casa. Lo que Marcela come, todo eso lo pierde ella... Dentro de quince días estoy segura de haberle traído ya á usted la chiquitina.

— Sí, sí, apresúrese á traérmela, dijo la solterona con impaciencia.

Marcela entró de nuevo en la habitación, con su gracia modesta, sin falsa vergüenza ni timidez exagerada.

— ¿Ves á la señorita?, le dijo la señora Jalín; pues quiere hacer tu dicha; de aquí en adelante será tu protectora y tu amiga. No digas nada de esto á la señora Favrot, para evitar que le cause un disgusto; pero si acaso te riñen demasiado, vuelves aquí, ¿entiendes?

— ¿Y hará usted que encuentre á papá?, dijo Marcela mirando á su protectora.

— ¡Pobre angelito!, exclamó la solterona. Ya lo veremos. Dame un beso y trata de ser prudente.

— Sí, señorita, contestó Marcela, con tono que manifestaba que comprendía la advertencia.

## XIV

Llegó la época de las vacaciones, y Luisa con el orgullo que le daban sus quince años bien cumplidos, volvió al domicilio materno. Era todavía delgaducha; pero su rostro prometía ser agradable, aun cuando resultaba un tanto afilado.

Marcela sintió mucha alegría por su vuelta. Su alma cándida, que no comprendía la existencia de ningún sentimiento bastardo y que recordaba que Luisa era su primera bienhechora, guardaba para ella todo su agradecimiento.

Cuando la niña había dicho «señora» á la herborista, cosa que tanto irritó á ésta, no fueron las vejaciones ni el mal humor los que la impulsaron; había obrado sencillamente, comprendiendo que no siendo su madre, no debía llamarla mamá. Alma recta y sincera, Marcela era incapaz de mentirse á sí misma ni mentir á los demás.

Conforme lo había previsto la señora Jalín, Luisa encontró bien presto pequeña la habitación. La cama de Marcela, que hasta entonces había estado en el dormitorio común, fué relegada á un cuarto oscuro, para dejar sitio á una hermosa cama que Luisa arrancó á su madre á fuerza de mimos inacabables. La pequeña no se quejó; pero un profundo sentimiento de humillación se apoderó de ella, comprendiendo la inutilidad de su vida sin esperanza, que aparecía ante sus ojos con la tremenda fiijeza de todo lo irremediable. Luisa no acostumbraba á disimular sus reflexiones. Su estancia en el colegio había desarrollado los mezquinos sentimientos de su naturaleza, dotándola tan sólo de un barniz de educación. Esto es por regla general lo que sucede á todas las pensionistas, pues obligadas á no pensar sino en su propio bienestar y á no cuidarse sino de sí mismas, se convierten en seres egoístas por excelencia.

Esto había sucedido con Luisa, y por otra parte se cuidaba tan poco del prójimo, que formulaba sus reflexiones en voz alta, y por sus labios supo Marcela que tenía la boca muy grande y negras las manos y que era fea y una porción de cosas á cual más deprimentes para la chiquitina. Esas imperfecciones puramente exteriores la hicieron suspirar, mas no le causaron gran aflicción. Pero bien pronto se sintió herida en sus sentimientos más íntimos y observó que se apoderaba de ella poco á poco el espíritu de rebelión, latente todavía en aquel momento, pero presto á estallar si se la provocaba.

— No quiero que me tutees, le dijo una mañana Luisa con tono doctoral; ayer lo hiciste delante del quincallero y no quiero que suceda esto de nuevo.

— Está bien, señorita, contestó la niña ruborizándose.

— ¿Por qué me llamas señorita? Eso prueba que lo que te he dicho te ha enfadado. ¡No faltaría sino que no se te pudiera avisar!

Luisa frunció el entrecejo, y adoptando un tono serio, pero dulcificándolo luego, añadió:

— Bien mirado, vale más que me trates de señorita. Esto estará más en lo justo.

Luisa bajó á la tienda tarareando una canción en boga, siguiéndola con la mirada la huérfana, extrañada dolorosamente de aquel *ex abrupto*, pero sin darle mucha importancia.

Aquel día no era afortunado para Marcela, pues durante el almuerzo rompió un plato.

— ¡Cómo se conoce que no los pagas tú!, dijo con aspereza la señora Favrot.

— ¿Cuesta mucho un plato de estos?, preguntó incontinentemente Marcela.

Muchas veces, cuando iba á llevar algún recado le daban propinas de diez céntimos ó más, y pensó que guardando el dinero podría comprar un plato igual al roto.

— ¿Y eso qué te importa?, replicó con áspero tono la herbolaria, que no quiso confesar que el cachiva-

che, que era ordinario, no valía sino veinte céntimos.

— ¡Vaya una impertinencial, añadió Luisa.

— No es impertinencia, contestó la niña; lo preguntaba únicamente para saberlo.

Antes de caer la frase, sintió un bofetón tremendo aplicado por la mano de Luisa.

— ¡Insolente!, dijo ésta.

— No me pegue usted, dijo Marcela irguiéndose; ¡oh, no me pegue usted!

No era una súplica lo que hacía la niña con voz temblorosa; mejor se hubiera dicho que era una prohibición formal, casi una amenaza.

— ¡Qué mala es esta chiquilla!, dijo Luisa; si se atreviera, nos pegaría.

— Has hecho mal, hija mía, le dijo en voz baja la señora Favrot.

— Si le permites que se insolente conmigo, no tardará en hacerlo contigo, replicó la joven. Tiene necesidad de que se la corrija. Anda, Cenicienta, vete á comer tu mendrugo á la cocina, que aún es demasiado bueno para una ingrata de tu laya.

Marcela, sin contestar una palabra, dejó caer sobre la mesa el pedazo de pan que tenía en la mano y se fué á la cocina triste y oscura, cerrando la puerta.

— ¡Vaya! ¡Ahora llora la infame!

— Déjala, repuso la herbolaria enojada.

Pero Luisa era la más fuerte; tenía esa resolución y persistencia que acaba por triunfar de los caracteres débiles, que ceden para no discutir. En poco rato la joven explicó á su madre todos los disgustos que le causaría Marcela si no se domaba su carácter desde el principio.

— Esta bien; no hablemos más de ello, dijo la señora Favrot, para detener aquel flujo de demostraciones.

Sin embargo de esa prohibición y de saber que no le prestaba atención su madre, Luisa, á fuer de testaruda, continuó hablando de lo mismo.

Marcela oyó todas aquellas injurias desde la cocina, separada por delgado tabique, y cada una de aquellas palabras penetró en su corazón como una flecha emponzoñada.

— ¿Es posible, Dios mío, que yo sea tan mala?, pensaba. ¡Ah! ¡Si pudiesen ver mi corazón!

Abatida por lo que sufriera en silencio, reunió sus fuerzas y se puso á arreglar los trastos de la cocina.

Cuando hubieron callado las voces, abrió con precaución la puerta; el comedor estaba vacío, y entonces lo arregló á su vez barriendo el suelo y recogiendo las migajas de pan. Luego fué á buscar las prendas viejas para zurcirlas, trabajo que nunca acababa; pero en vez de bajar á la tienda, como casi siempre hacía, se quedó en el piso alto entregada á sus reflexiones.

Siempre que sentía tristeza, recordaba á su madre muerta, cuya tumba no había visto jamás, y á su padre ausente, en quien cifraba toda su esperanza. Tantas veces había oído hablar de él á la planchadora, la cual le decía que no la había olvidado, que había llegado á forjarse la idea de que había conocido á Monfort. Imaginábase que un día entraría en la tienda preguntando á la herborista:

— ¿No es usted, señora, quien recogió una niña cuya madre murió en el *square* Montholón? ¡Pues bien, señora; es mi hija!

Marcela se colgaría de su cuello y lo estrecharía con sus bracitos, ¡muy fuerte, muy fuerte!...

— ¡Oh, padre mío!, exclamó la niña, rompiendo á llorar, si pudieses ver á tu pobre hija!

Como si viera en su imaginación la imagen de su padre ausente, abrió los brazos y los cerró de nuevo cual si le abrazara.

Tal vez también él, en extrañas tierras, pensaba en aquel mismo momento con amargura en la hija que había perdido.

Golpearon el techo desde la tienda y la niña acudió al boquete que había en el suelo.

— ¿Qué haces ahí?, preguntó la herbolaria.

— Estoy repasando la ropa blanca.

— Baja y tráete la ropa.

Marcela obedeció, y al cabo de pocos momentos se encontraba en la tienda, ocupando el primer sitio, como de costumbre. Luisa leía y de vez en cuando lanzaba una mirada irritada contra la rapaza que había tenido el atrevimiento de replicarle. Los enrojecidos ojos de la niña, en vez de inspirarle compasión la ponían colérica el orgullo ahogaba la voz de su conciencia.

Para castigarla de haber llorado y para vengarse del mudo reproche que le dirigía aquel triste semblante humedecido por el llanto, sentía impulsos de aplicarle un par de bofetones más.

Transcurrió, sin embargo, la tarde sin que ocurriera nada de particular. Hacia las siete, la señora Favrot se fué á la cocina para cuidar de la cena, que no

confiaba aún á las inexpertas manos de Marcela, y las dos niñas quedaron solas.

La huérfana no podía ya coser, por más que se inclinaba sobre su labor, esforzándose en el trabajo, á fin de dejar contentas á la madre y á la hija. Después de un largo rato de silencio, esta última dijo en voz baja:

— Marcela.

La niña alzó la cabeza, esperando que Luisa, teniendo conciencia de lo mal que había obrado por la mañana al pegarle, le iba á dirigir alguna palabra de consuelo; pero por lo contrario, vió brillar los ojos de Luisa con la maldad que expresan los de los gatos en la oscuridad.

— ¿Me pides perdón por tu impertinencia?, preguntó.

Hablaba en voz baja, pues no se atrevía á levantarla, porque estaba segura de que su madre no aprobaría su conducta.

Marcela bajó la cabeza y no contestó, pensando, con angustia cruel, si verdaderamente había obrado mal, aun cuando por más que lo reflexionaba, no se sentía culpable.

— ¡Ah! ¿No quieres pedirme perdón? Eres una impertinente, una chiquilla indigna, que no mereces la compasión que contigo tuve al recogerte en mitad del arroyo, dijo Luisa, con voz aguda como el silbido de una serpiente. Merecías estar en el hospicio.

La señora Favrot salió de la cocina y su hija continuó leyendo, en tanto que Marcela, levantándose vivamente y doblando su labor, decía con voz dolorida:

— Ya no se ve; no puedo trabajar.

— ¡Bueno!, toma; lleva este paquetito á la calle de Rocroy. La parroquiana ha dicho que no le corría prisa; pero puesto que no ves para coser, puedes llevarlo entretanto que yo pongo la mesa. Vé aprisa.

Marcela salió corriendo y pronto dió con la casa que buscaba, pues conocía todas las calles del barrio. Al volver, pasó junto á la iglesia de San Vicente de Paul y miró hacia dentro: las lámparas ardían y la noche empezaba; pero algunos fieles entraban en la iglesia, que no estaba aún cerrada.

La niña sentía necesidad de un asilo, y su alma se hallaba sedienta de oración y de consuelo. Viendo una puerta lateral por la que entraba entonces una señora vestida de luto, entró á su vez.

Bajo la alta bóveda sintió una impresión de asombro. Las imágenes de santas y santos, pintadas por Flandrín con colores pálidos sobre fondos de oro, parecían con aquella luz crepuscular de un gris de ópalo alados ángeles animados que se movían con majestuosa lentitud. El oro del fondo brillaba á trechos y las grandes palmeras que separaban unas de otras las figuras, aparecían negras y misteriosas.

Marcela dió algunos pasos y se encontró en el centro de la nave bajo la gran cúpula. Una luz más viva bajaba de lo alto y se reflejaba aquí y allá en los respaldos de las sillas y bancos brillantes por el uso, sobre los ornamentos sagrados, ó bien se quebraba en las aristas de las grandes arañas de cobre, cuyas perinolas se destacaban sobre el fondo obscuro.

El respeto que inspiran las grandes soledades sobrecogió á la niña, que apenas iba á la iglesia ó á lo sumo durante el día. La impresión de que aquel sitio lo era de asilo, conmovió profundamente su corazón y la hizo caer de hinojos, como aliviada de un gran peso, sobre la estera que cubría las frías losas.

La iglesia era la casa de Dios y, por lo tanto, la de todos; así pues, era también la suya. El olor á incienso subía á su cerebro, produciéndole sensación indecible de bienestar, y sus ojos se espaciaban en las tinieblas, sintiendo al propio tiempo que invadía poco á poco su alma la grandeza que allí se respiraba. De repente se acordó de que las iglesias se crearon para la oración, y entonces, lanzando un grito, á tiempo que juntaba sus manos en ademán de súplica, exclamó:

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! Haced que encuentre á mi padre, ó dadme la muerte para que vaya á reunirme con mi madre.

Era aquella su eterna aspiración, la que por tanto tiempo había sentido, sin acertar á expresarla. Brotó de sus labios espontánea é ingenua, y después cayeron otra vez inertes sus manos á lo largo de su cuerpo, pensando que su ruego sería oído ó que por lo menos llegaría la muerte como supremo consuelo.

Ruido de pasos sonó detrás de ella y una mano se posó en su hombro, sintiendo una voz que con entonación tranquila, pero dura en realidad, le decía:

— ¿Qué haces aquí, pequeñuela? ¡Ea, vete á tu casa!

Marcela se levantó estremeciéndose. El sacristán la examinaba con curiosidad, pues no la reconocía como á una de sus habituales feligresas; la niña le miró también y quiso hablar, pero se contuvo; pues ¿qué iba á decirle á aquel hombre desconocido? Salió lentamente del templo, en tanto que en su recinto se

encendían las lámparas para la oración de la noche y que la iglesia se llenaba de mujeres vestidas con trajes oscuros.

La impresión de alegría y reposo que la pobrecilla había experimentado, se evaporó al oír las palabras del sacristán.

— ¡Ni aun una iglesia para rogar!, pensó con aquella facilidad que se tiene para pasar de lo particular á lo general. La verdad es que para ir á las iglesias es preciso que las niñas vayan con su madre.

Volvió á casa de la señora Favrot, con la cabeza baja y sintiendo ganas de morir.

— ¿Dónde te has entretenido que tan tarde vienes?, preguntó la herbolaria con tono rudo al verla. ¿Has jugado en la calle?

— No, señora, contestó Marcela sinceramente.

— ¡Mirad qué bien dice las mentiras!, repuso Luisa con tono de burla.

Marcela no contestó, pues se hallaba decidida á no confesar dónde había estado y prefería morir y pasar por embustera que contar su visita á San Vicente de Paul. La regañaron y escuchó con la cabeza baja.

— Tiene muy mal carácter, hizo observar Luisa cuando después de la comida y para quitársela de delante hizo subir á Marcela á su camaranchón.

— No sé lo que le sucede. En otro tiempo no era así, dijo la señora Favrot.

— Es que tiene celos, replicó Luisa. La has mimado demasiado, la has tratado como á mí, y se le figuró que esto iba á durar siempre.

— Siento habérmela quedado, dijo la herbolaria, y si lo hice fué por complacerte.

— Pero ¿cómo iba á presumirse que esto acabaría tan mal?, repuso Luisa.

La tendera no contestó, pues hacía tiempo que la buena señora no era la que mandaba allí.

Al día siguiente, después de comer, á Luisa le dió el capricho de arreglar un cuarto del entresuelo.

No era tarde, pues habían comido temprano; pero espesa lluvia de tempestad caía á ráfagas y estaba el cielo tan obscuro como á media noche. Había tronado desde mediodía y la tempestad se había alejado, aunque de cuando en cuando la luz cárdena de los relámpagos iluminara las gruesas masas de nubes.

En el *square* Montholón nada se advertía de anómalo, pues á pesar de la tempestad y de la lluvia brillaban las luces y los carruajes rodaban sin tregua con ruido semejante al del trueno. Luisa tomó una vela y subió la escalera de caracol, mientras su madre leía una novela y Marcela limpiaba el comedor.

Los cajones de la cómoda y los estantes del armario quedaron pronto arreglados; dos ó tres muebles cambiaron de sitio y todo quedó listo; pero Luisa sentía necesidad de trabajar más y se le ocurrió una idea.

— Estoy segura, dijo, que ese demonio de Marcela no arregla nunca su cuartucho.

Abrió la puerta del cuarto, donde la niña tenía apenas sitio para su cama y para una silla, y una caja de madera que había encima de ésta llamó la atención de Luisa, que se preguntaba qué es lo que en ella guardaría Marcela.

Sacó primero un ovillo de hilo y algunos trapos, y en el fondo notó un papel doblado que contenía un cuerpo duro. Cogió el paquete, lo abrió y encontró en él treinta céntimos.

Ver aquello y apoderarse de su alma una cólera irresistible fué todo uno. Sin reflexionar más y aferrándose á la primera idea que se le ocurrió, siquiera fuera mala, bajó corriendo la escalera, abrió brusca-mente la puerta, despertando á su madre, que dormía sobre el libro, y asustando al gato, que se refugió debajo de una silla, y gritó, sacudiendo á Marcela por el hombro en tanto que le enseñaba las monedas:

— ¿Dónde has robado eso?

Marcela, estremeciéndose, palideció ante aquella injuria y dirigió á Luisa una mirada llena de indignación. Temblaron sus labios, trató de hablar, pero su seca garganta se negó á articular ningún sonido.

— ¿Lo has tomado del cajón ó bien cuando ibas á la compra?, continuó Luisa más y más confirmada en su idea al ver la turbación de la niña, que se le antojaba el silencio de una persona culpable.

Marcela movió negativamente la cabeza, pero no contestó.

— ¿Dónde has encontrado este dinero?, preguntó la herbolaria á su hija.

— Escondido en una caja que tiene en su cuarto.

La huérfana, recobrando al fin la palabra, dijo:

— Son las propinas que me dan cuando voy á llevar los paquetes, y las guardaba para comprar un plato.

— ¡No es verdad, embustera!, gritó Luisa más exasperada que antes.

(Continuará)

## LOS DESÓRDENES EN CONSTANTINOPLA

La agitación en Turquía, excitada por las quejas de los armenios contra las violencias de que son objeto por parte de sus opresores, los musulmanes, ha estallado al fin en Constantinopla, dando lugar á desórdenes y conflictos que han costado la vida á muchos infelices.

El número de armenios que residen en la capital de Turquía se eleva á 150.000, en su mayoría dedicados al comercio y á la industria: este grupo de población es el más pacífico y tranquilo de la ciudad; pero los excesos cometidos contra sus hermanos de las provincias orientales del Imperio, de los que ya dijimos algo en el número 716, y los sufrimientos que de tiempo inmemorial vienen sufriendo han hecho fermentar en él cierto espíritu revolucionario y adoptar últimamente una actitud un tanto agresiva, que ha dado origen á los recientes sangrientos sucesos que vamos á describir someramente.

El día 30 de septiembre último y con ocasión de una fiesta religiosa que celebraban los armenios, el comité armenio de Constantinopla entregó al patriarca un mensaje, en el cual se protestaba contra los malos tratos de que son objeto sus correligionarios y contra las prisiones políticas motivadas por los acontecimientos de Sassún. Esta protesta, que iba firmada por el «Comité organizador de la gran manifestación nacional,» contenía las siguientes peticiones que el patriarca había de formular ante el gobierno otomano: creación de una provincia armenia con funcionarios europeos, que deberán ser elegidos por las potencias, de acuerdo con la Puerta y con una asamblea representativa, lo propio que el gobernador general, y adopción de reformas administrativas y económicas propuestas por las potencias.

El patriarca aconsejó á los manifestantes que no quebrantaran las leyes ni produjesen desórdenes, y les dijo que confiaran en él, como así lo hicieron algunos de aquéllos; pero otros persistieron en su idea de proseguir la manifestación, diciendo que querían ó la libertad ó la muerte. Cuando se disponían á ello,



KIAMIL-BAJÁ, nuevo gran visir del Imperio otomano  
(de fotografía de Abdullal hermanos, de Constantinopla)

la policía les salió al encuentro, intimándoles á que desistieran de su empeño; el que dirigía la manifestación, un tal Betross, hizo observar que se trataba de un acto pacífico, puesto que sólo querían entregar un memorial al gran visir, cosa que puede hacer cualquier súbdito otomano. La policía contestó que tenía órdenes severas de impedir aquélla, y de nuevo les intimó á que retrocedieran en su marcha, originándose de aquí una discusión violenta: Betross

y algunos de sus compañeros quisieron apelar á la fuerza; pero los polizontes cargaron sobre ellos, y haciendo uso de las armas mataron á Betross y á otros manifestantes: éstos contestaron en la misma forma, matando é hiriendo á varios polizontes y á un oficial de gendarmes. Generalizóse entonces la contienda y comenzaron las detenciones y las matanzas de los armenios que huían por las calles inmediatas al sitio del suceso y aun de muchos que llevaba detenidos la policía.

En la noche del 2 de octubre efectuáronse centenares de nuevas prisiones.

Un gran número de familias armenias habíanse refugiado en la iglesia patriarcal de Kum-Kapu y en otras iglesias, y el gran visir llamó al patriarca y le exigió la evacuación inmediata de los templos. La situación de Constantinopla era por momentos más grave, pues los softas, estudiantes de teología mahometana, de la Escuela Superior de la capital, dirigidos por su jefe eclesiástico y armados de palos y cachiporras, recorrían las calles de la ciudad predicando la guerra santa contra los extranjeros, y organizaban un ataque en regla contra los armenios, mientras numerosos grupos de kurdos, circasianos y otros bárbaros habitantes en las inmediaciones de Constantinopla cometían mil actos de salvajismo, no evitados ni contenidos por la policía, saqueando las tiendas, asaltando las casas, asesinando á gentes indefensas y entregándose, en una palabra, á los más abominables excesos y á las más feroces crueldades, que no tardaron en imitar los habitantes de las aldeas suburbanas de las orillas del Bósforo, alentados por el mal ejemplo y por la manifiesta impunidad de sus vecinos.

El total de armenios víctimas de tales atropellos no bajó de 300.

A consecuencia de estos acontecimientos hubo de dimitir el gran visir Said-bajá, siendo nombrado en su lugar Kiamil-bajá.

De la descripción de los sucesos que dejamos hecha despréndese que la primera agresión partió de los armenios; pero si se tiene en cuenta el grado de exasperación en que les habían puesto las vejaciones de tantos años, las matanzas de estos últimos

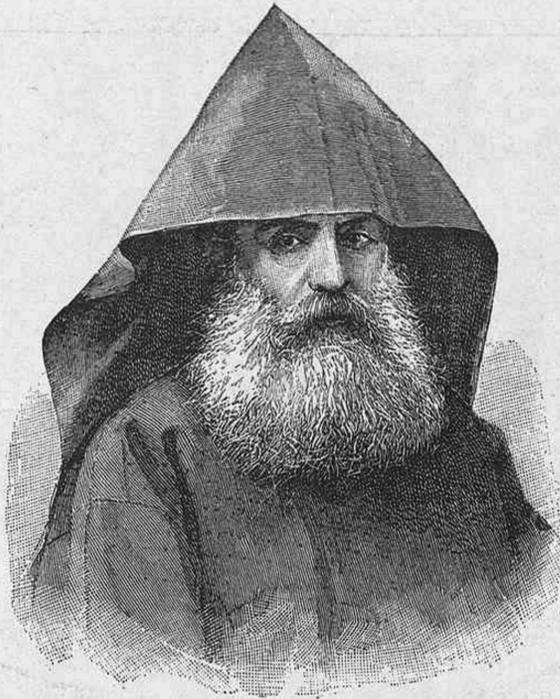


UN GRUPO DE SOFTAS: TIPOS DE ESTUDIANTES DE TEOLOGÍA MAHOMETANOS

tiempos y la inutilidad de sus reclamaciones pacíficas, nadie extrañará la conducta de aquel pueblo desesperado. En cambio la policía turca cebóse en ellos a sangre fría, y habiendo podido restablecer el orden sin tantas violencias, persiguió á los armenios con crueldad y saña, y lo que es más grave, cuando algunas horas después de sofocado el primer tumulto y de restablecida la tranquilidad, las masas de fanáticos y bandidos renovaron la lucha y se entregaron á todos los horrores del pillaje y del asesinato, los polizontes y gendarmes turcos nada hicieron por evitar y repeler estos desmanes, y presenciaron impasibles, si es que no prestaron á ellas su cooperación, las barbaridades cometidas por aquellas hordas que bien merecen el calificativo de salvajes.

El día 5 de octubre los embajadores extranjeros celebraron una conferencia y delegaron á sus dragomanes para que se avistaran con el ministro de Negocios Extranjeros turco, exigiéndole que restableciera la seguridad pública y adoptara las medidas conducentes á fin de que respetaran las vidas y haciendas de sus respectivos súbditos. Además, gracias á su protección pudieron salir tranquilamente, custodiados por los dragomanes y las guardias de las embajadas, los tres mil infelices armenios, hombres, mujeres y niños, que desde el principio de la sedición se refugiaron en los templos y en el domicilio de su patriarca.

Y mientras tomaban estas disposiciones de momento, proseguían con mayor energía que nunca sus negociaciones para llegar á la solución definitiva del problema que hace tantos años viene preocupando á las naciones europeas, las cuales no pueden ver impasibles que exista en el viejo continente un estado en donde son posibles actos de barbarie como los últimamente cometidos con los armenios en Erzerum, Trebizonda y Constantinopla. El trabajo ha sido difícil, pero al fin el resultado más satisfactorio ha venido á coronar los esfuerzos de las potencias. Vanos han sido los subterfugios y sutilezas de que se ha valido la diplomacia turca para prolongar esta situación insostenible; á ellos han respondido los ministros extranjeros con reclamaciones terminantes y aun con amenazas, y el gobierno turco no ha tenido más remedio que acceder á las justas y nobles pretensiones á nombre de la civilización y del derecho formuladas.



EL PATRIARCA ARMENIO DE CONSTANTINOPLA

En efecto, los embajadores de las potencias convecidas, Francia, Inglaterra y Rusia, han logrado que el sultán aceptara definitivamente el proyecto de reformas en Armenia. El ministro de Negocios Extranjeros Kiamil-bajá ha puesto ya en él su firma, y después de sancionado por Abdul-Hamid, los representantes francés, inglés y ruso han celebrado con el primero una conferencia para dar la última mano á tan importante asunto, que resuelve infinidad de cuestiones y dificultades y que está llamado á prevenir y evitar grandes males é inconvenientes, dando á los cristianos armenios las garantías de seguridad pública y de independencia social de que hasta ahora carecían poco menos que en absoluto.

De gran trascendencia es el triunfo conseguido, y buena parte del cual corresponde, preciso es confesarlo, á Inglaterra, que en cuestión de las reformas

ha llevado la principal iniciativa; pero bueno será que los que lo han logrado no se duerman sobre sus laureles y vivan muy prevenidos, porque tratándose de la Sublime Puerta toda suspicacia es poca, y no sería extraño, sobre todo teniendo en cuenta el odio inveterado que entre turcos y armenios existe, que el mejor día se repitieran los desórdenes y nuevamente se derramara sangre cristiana en los dominios del imperio turco. Que no son estos temores infundados demuestranlo las últimas noticias que de Turquía se reciben, y según las cuales cada día estallan nuevos desórdenes y se cometen nuevos asesinatos, unas veces por los armenios, que exasperados atacan á los musulmanes en sus propias mezquitas, otras por los turcos que asesinan á mansalva á indefensos cristianos.

Y viene á agravar esta situación la resistencia que el pueblo y el mismo elemento oficial otomano oponen al planteamiento de las reformas decretadas: las conspiraciones que se dicen descubiertas en la corte de Abdul-Hamid son síntomas de gran trascendencia para el sucesivo desarrollo del problema político europeo, pues aun cuando se haya podido sofocarlas á tiempo y castigar á los rebeldes con todo el rigor que es costumbre en aquel Estado, tratándose de ataques contra la persona del sultán, puede llegar un día en que la rebelión se imponga y haga necesaria la intervención armada de las potencias, en cual caso se planteará en toda su crudeza y habrá de resolverse con todas sus consecuencias la tan temida cuestión de Oriente.

De todos modos, parece llegado el momento de dar solución definitiva al conflicto armenio por las vías pacíficas, si al fin Turquía se convence de la inutilidad de su resistencia, ó por medio de las armas si la Sublime Puerta no logra hacer prevalecer sobre las pasiones de raza de sus súbditos las razones de prudencia, que son las únicas que pueden impedir ó por lo menos aplazar la catástrofe que más ó menos tarde ha de acabar con la actual organización del imperio turco.

Las naciones cristianas, los pueblos civilizados no pueden consentir por más tiempo que pese el yugo de la esclavitud sobre los armenios y que sean éstos en pleno siglo XIX objeto de persecuciones imprópias de una nación enclavada en la culta Europa. — X.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París. — Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21.

**CARNE, HIERRO y QUINA**  
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

**VINO FERRUGINOSO AROUD**

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

**CARNE, HIERRO y QUINA!** Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrófulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordina y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloración y la Energía vital.

Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farme, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

**Pildoras y Jarabe de BLANCARD**

Solucion **BLANCARD** y **Comprimidos de Exalgina**

Con Ioduro de Hierro Inalterable.

**ANEMIA**  
**COLORES PÁLIDOS**  
**RAQUITISMOS**  
**ESCRÓFULOS**  
**TUMORES BLANCOS.** etc., etc.

**JAEQUECAS, COREA, REUMATISMOS**  
**DOLORES (DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS).**

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.  
**CONTRA EL DOLOR**

Exijase la Firma y el Sello de Garantía. — Venta al por mayor: París, 40, r. Bonaparte.

**Jarabe de Digital de LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazon, **Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.**

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la **Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.**

**GELIS & CONTÉ** **Grageas al Lactato de Hierro de**

**ERGOTINA y Grageas de ERGOTINA BONJEAN** **HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica.**

Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y **detienen las pérdidas.**

Medalla de Oro de la S<sup>ad</sup> de F<sup>ia</sup> de París

**LABELONYE y C<sup>ia</sup>, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.**

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT DE PARIS** no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**ENFERMEDADES DE ESTOMAGO**  
**PASTILLAS y POLVOS PATERSON**

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
**PASTILLAS DE DETHAN**

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emision de la voz. — Pascar: 12 REALS.

Exigir en el rotulo a firma  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT**

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias

El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abaloes, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES del PECHO** y de los **INTESTINOS.**

**REMEDIO de ABISINIA EXIBARD**

En Polvos y Cigarrillos **Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESIÓN**

**ASMA** y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.

25 años de éxito. Med. Oro y Plata  
J. FERRÉ y C<sup>ia</sup>, Farme, 102, R. Richelieu, París.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN  
POR AUTORES Ó EDITORES

LA ESPAÑA MODERNA. — El último número de esta importante revista contiene interesantes trabajos de Arturo Campión, Menéndez Pelayo, José Ramón Mérida, José Echegaray, Rafael Salillas, Fernando Wolf, Emilio Castelar, Juan Pérez de Guzmán y E. Gómez Baquero. Suscríbese á esta revista en Madrid, Cuesta de Santo Domingo, 16.

LA REAL CAPILLA DE SANTA AGUEDA, por D. Buenaventura Bassegoda. — Con motivo de la visita que en 21 de octubre verificó á la capilla de Santa Agueda del Palacio de los reyes de Aragón en Barcelona la Asociación de Arquitectos de Cataluña, el individuo de ésta, D. Buenaventura Bassegoda, leyó el interesante estudio que motiva estas líneas. Constituye éste una notabilísima monografía, nutrida de datos en que se demuestra el profundo conocimiento que del monumento tiene su autor, el cariño con que lo ha estudiado y el detenido y razonado análisis que del mismo ha hecho: admírase además en dicho trabajo un lenguaje pintoresco y brillante y tiene algunos párrafos impregnados de poesía y entusiasmo. Acompañan á esta monografía varios planos y dibujos trazados por el Sr. Bassegoda y algunas vistas reproducidas fotográficamente.



EXCENTRICIDADES YANKEES DEL PORVENIR

PRO PATRIA. — El último número de esta importante revista contiene notables trabajos de don José de Letamendi, Víctor Balaguer, César Antonio de Arruche, Rafael Gutiérrez, Constantino Román, Nicolás Díaz y Pérez y otros.

GOYA, por Zeferino Araujo Sánchez. — Es un estudio completo y hecho á conciencia del gran pintor español que floreció á fines del pasado y á principios del presente siglo: en él aparece admirablemente retratado el artista, analizada con gran suma de conocimientos su portentosa obra y descrita con gran copia de datos su vida íntima. Este trabajo, notable por todos conceptos, así artística como literariamente considerado, va completado con unas notas para formar el catálogo de los cuadros y grabados de Goya. Editado por la España Moderna (Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid), véndese al precio de tres pesetas.

REVISTA HORTÍCOLA. — Esta revista, que sale á luz todos los meses en Barcelona, ha publicado un número extraordinario exclusivamente dedicado á la Exposición de plantas y flores recientemente celebrada en esta ciudad, que contiene interesantes trabajos relativos á dicha exposición y á los festejos que con motivo de ella se verificaron, la lista de las recompensas concedidas, el catálogo general de los objetos que en aquélla figuraron y el plano de la misma.

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL**  
CIGARROS  
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B<sup>n</sup> BARRAL  
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.  
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
78, Faub. Saint-Denis  
PARIS  
y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**  
**Pepsina Boudault**  
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
PREMIO DEL INSTITUTO AL D<sup>r</sup> CORVISART. EN 1856  
Medallas en las Exposiciones internacionales de  
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS  
1867 1872 1873 1876 1878  
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS  
**DISPEPSIAS**  
**GASTRITIS - GASTRALGIAS**  
**DIGESTION LENTAS Y PENOSAS**  
**FALTA DE APETITO**  
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION  
BAJO LA FORMA DE  
**ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT**  
**VINO. de PEPSINA BOUDAULT**  
**POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**  
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine  
y en las principales farmacias.

**PAPEL WLINSI**  
Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
Depósito en todas las Farmacias  
PARIS, 31, Rue de Seine.

**CARNE y QUINA**  
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.  
**VINO AROUD con QUINA**  
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE  
**CARNE y QUINA!** con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos.  
Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud.**  
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm<sup>o</sup>, 402, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.  
EXIASE el nombre y la firma **AROUD**

**Agua Léchelle**  
**HEMOSTÁTICA.** — Se receta contra los **ñujos**, la **clorosis**, la **anemia**, el **apocamiento**, las **enfermedades del pecho** y de los **intestinos**, los **esputos de sangre**, los **catarros**, la **disenteria**, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del **Agua de Léchelle** en varios casos de **ñujos uterinos** y **hemorragias** en la **hemotisis tuberculosa**.  
DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris

**MAREO PELAGINA**  
RESULTADOS COMPLETOS en el mayor número;  
ALIVIO SEGURO en los otros.  
IMPORTA SABER COMO EMPLEARLO. En Francia, frascos 5, 3 y 1 fr. 50  
E. FOURNIER Farm<sup>o</sup>, 114, Rue de Provence, PARIS,  
y en las principales Poblaciones marítimas.  
MADRID: Melchor GARCIA, y todas Farmacias.

**QUINA ANTI-DIABÉTICA ROCHER**  
FRASCO: 3'50. Expedición franco de dos frascos contra 8 fr. — Depósito **ROCHER, Farmacéutico**, 112, Rue de Turenne, PARIS, y FARMACIAS.  
Envío gratis y franco de un estudio interesante indicando causas y consecuencias de la **DIABETIS**.  
EN BARCELONA: SRES. VICENTE FERRER Y C.<sup>ta</sup>

**Jarabe Laroze**  
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.  
**JARABE al Bromuro de Potasio**  
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S<sup>n</sup>-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.  
Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>o</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.  
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D<sup>r</sup> FRANCK**  
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores)  
PARIS: Farmacia LEROY y en todas las Farmacias.

Frasco: 6 fr. en Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
— LAIT ANTÉPHELIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès**  
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.  
Pone y conserva el cutis limpio y terso  
CANDES etc.  
2<sup>o</sup> St-Denis, 16

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +  
**DE LAS CAPSULAS DE APIOL LOS DE JORET Y HOMOLLE** REGULARIZAN los MENSTRUOS EVITAN DOLORES, RETARDOS  
DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN